SINESIO DELGADO

LA AUTORIDAD COMPETENTE

Comedia en tres actos y en prosa

Representada por primera vez en el Teatro Lara el 20 de Marzo de 1915.

MADRID
Don Ramón de la Cruz, 21
1915

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

LA AUTORIDAD COMPETENTE

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los representantes de D. Sinesio Delgado y de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA AUTORIDAD COMPETENTE

Comedia en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

Representada por primera vez en el Teatro Lara el 20 de Marzo de 1915.

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1915

REPARTO

Personajes	Actores
Rosario	Doña María Luisa Moneró.
Candelas	Mercedes Pardo.
Vicenta	Amalia Sánchez Ariño.
Laureana	Leocadia Alba.
Fernanda	Carmen Seco.
Juan Antonio Roldán	D. Luis Manrique.
D. Manuel Vélez Vallina	Salvador Mora.
D. Eloy Úbeda y Salazar	José Isbert.
Ambrosio	Eduardo Zaragozano.
Alfonso	Luis Peña.
Eugenio	Miguel Mihura.
Bernabé	Antonio Pérez Indarte.
Un Criado	José Prieto.
Un Portero	Eduardo Romero.
Agustín	Jesús Tordesillas.

La acción en una capital de provincia. Época actual. Derecha e izquierda las del actor, frente al público

ACTO PRIMERO

Despacho elegante. Mesa grande de escritorio en primer término derecha y otra más pequeña en el fondo izquierda. Librería en el fondo derecha. Puertas en el foro y en primer término izquierda. Gran ventanal de cristales en segundo derecha.

ESCENA PRIMERA

DON MANUEL, haciendo pitillos en la mesa grande.—ALFONSO, escribiendo en la chica.—DOÑA VICENTA.

VIC. Que sea breve y substanciosa, Alfonsito.

ALF. Sí, señora; sí.

VIC. Y sin explicación de ninguna clase. (A Manuel.) Las explicaciones se las das tú a él cuando le veas.

D. MAN. Que será pronto, porque en cuanto reciba esa banderilla vendrá inmediatamente.

VIC. ¿Tú lo crees?

D. MAN. Lo creo, porque es lo que yo haría en su caso.

ALF. A ver qué les parece a ustedes.

VIC. Lea.

ALF. "Amigo Ubeda...„

VIC. ¡No! Nada de amigo. El principio debe ser de otra manera: "Señor don Eloy Ubeda y Salazar, Presidente de la Diputación, en funciones de Gobernador civil.„ Así, con todos los honores.

722757

D. MAN. Pero si se trata de una carta confidencial, mujer.

VIC. Se trata de un mandato al funcionario, y no de una súplica al amigo. Es preciso que lo entienda así don Eloy... ¡y no me contradigas! Siga, Alfonsito.

ALF. "Agradeceré a usted vivamente que, como contestación a esta carta, remita un oficio al dueño o empresario del salón de espectáculos de la calle de Boteros, suspendiendo las funciones por cuestión de orden público."

D. MAN. Hombre, eso del orden público...

VIC. Está muy bien. ¿Qué más?

ALF. Nada más. "Suyo afectísimo", etc. Como me dijo usted que fuera breve...

VIC. Efectivamente, con eso basta y sobra.

D. MAN. Lo que hay es que parece el decreto de un rey absoluto.

VIC. ¿Y qué? ¿No lo eres? ¡No parece sino que al señor Ubeda y Salazar, y al Gobernador si le hubiera, y al Ministro, si cayera por aquí, les quedaría otro remedio que hacer lo que tú mandes!

D. MAN. Es decir...

VIC. Es decir, lo que mande yo, que viene a ser lo mismo. (A Alfonso.) ¿Ha variado usted el encabezamiento?

ALF. Sí, señora.

VIC. Pues ponga usted el sobre. (Toma el pliego en que ha escrito Alfonso y lo lleva a la mesa de don Manuel para que éste lo firme.)

ALF. ¿También con todos los requisitos?

VIC. También con todos. Y lo entrega usted en las propias manos de don Eloy; espera usted el oficio, que le dará en seguida...

D. MAN. O no se lo dará.

VIC. Sí se lo dará, ¡no faltaba otra cosa! Y lo lleva usted mismo a ese antro inmundo de la calle de Boteros.

D. MAN. ¡Vicenta, por Dios!, que tú no sabes si es o no es antro inmundo.

VIC. (Devolviendo a Alfonso la carta firmada.) ¡No lo he de saber; si desde que se ha abierto está

podrida la capital, y estaba por decir que la provincia! ¿Se ha enterado usted bien, Alfonso?

ALF. Sí, señora; llevar esta carta al señor Ubeda y entregar la comunicación al empresario del Kursaal Antillano.

D. MAN. Que si es hombre de malas pulgas le dará a usted, con mucha razón, un golpe en la cabeza.

VIC. No tenga usted cuidado, Alfonsito, que si se atreviera a tanto le fusilaríamos inmediatamente... ¡Ah!, cuando acabe usted esa comisión, vaya usted a casa del Alcalde, y dígale, de parte del señor Vélez Vallina, que tenga cuidado con lo que toca la música en la glorieta el domingo.

D. MAN. De parte del señor Vélez Vallina, no. A mí no me importa que toque lo que quiera.

VIC. No haga usted caso. De parte del señor Vélez Vallina. (Vasé Alfonso.)

ESCENA II

VICENTA.—DON MANUEL.

D. MAN. Ahora que estamos solos te diré una cosa.

VIC. Di lo que quieras.

D. MAN. Don Eloy no puede hacer lo que me has hecho pedirle porque es una polacada.

VIC. Y ¿qué es una polacada?

D. MAN. Un abuso de la autoridad, una burla de la ley, un...

VIC Déjate de cuentos. Hay que hacer un escarmiento en seguida.

D. MAN. Pero, ¿por qué?

VIC. Porque a estas horas estamos siendo el hazmerreir de todo el mundo. Estoy segura de que hoy, en los soportales de la plaza, no se habla de otra cosa: "¿Saben ustedes dónde se fué ayer después del sermón la hija del señor Vélez Vallina, con una amiguita y con el novio? ¡Al Kursaal Antillano a ver indecencias!„

D. MAN. Ten en cuenta que allí hay cinematógrafo.

VIC. Pues eso es lo peor, que también hay cinematógrafo... y lo sabe el novio de la niña.

D. MAN. Pero siquiera podíamos haber esperado unos días y hubiéramos evitado un compromiso a don Eloy. La determinación es un poco fuerte para un Gobernador interino, y puesto que el propietario está al caer...

VIC. ¡A saber cómo será el propietario!

D. MAN. No le conozco; sé que es joven y de la aristocracia.

VIC. ¡Ay, ay, ay! ¿Aristócrata y joven? Tendremos que hacerle saltar en seguida como al otro. ¿Quién es?

D. MAN. El Marqués de San Casiano.

VIC. ¿Cómo? ¿estás seguro? Pero, ¿por quién nos ha tomado el Ministro?

D. MAN. El Ministro no tiene que tomarnos por nada. Nombra a quien le parece.

VIC. Pero al Marquesito de San Casiano de ninguna manera. ¡Jesús, María y José! ¡Una bala perdida! Mujeriego, jugador... el héroe de todas las francachelas y de todos los escándalos, que sale en los papeles un día sí y otro también. Ya estás escribiendo para decir al Gobierno que no le admites.

D. MAN. Pero, Vicenta, ¡por Dios!

VIC. ¿Qué se han creído esos señores? ¿Que esta provincia no es tan respetable como cualquiera otra? ¡Mire usted que mandarnos de Gobernador a la cabeza más destornillada del reino! ¡Eso es imposible, Manuel; eso es burlarse de nosotros!

D. MAN. Pero no te sulfures antes de tiempo, mujer. Veremos lo que pasa. Puede que el Marquesito ése, por lo mismo que no sirve para el caso, no quiera ocuparse de nada, y entonces...

VIC. Entonces lo mejor será que no tome posesión siquiera. (Aparece Fernanda en la puerta del foro.)

ESCENA III

DICHOS.—FERNANDA.—Al fin, un CRIADO.

FERN. Adiós, doña Vicenta; adiós, don Manuel; que ustedes lo pasen bien y hasta otro ratito.

VIC. Entre usted un momento.

FERN. No puede ser, doña Vicenta. Me he entretenido mucho charlando con Rosario, y me va a reñir mamá, de seguro.

VIC. Es que quiero hacerla a usted una pregunta.

FERN. ¡Ah! en ese caso... con mucho gusto. Usted me dirá.

VIC. ¿Sabe usted que ha dado motivo a hablillas y murmuraciones lo que hicieron ustedes ayer después del sermón?

FERN. ¿Sí? No me choca. Pues el padre Bernardo fué el que tuvo la culpa.

VIC. ¿El predicador? ¿Por qué?

FERN. Porque estuvo una hora hablándonos de calderas de pez y de hierros encendidos, y nos metió el corazón en un puño. Así es que Albertito, que nos esperaba a la puerta de la iglesia, al vernos tan afligidas nos dijo: ¿Quieren ustedes que vayamos a ver una sección de cinematógrafo para que se les pase la congoja...? Y nosotras dijimos: "Bueno„.

VIC. ¡Claro! Dijeron ustedes "bueno„, y se fueron a presenciar un espectáculo escandaloso.

FERN. ¿Cómo escandaloso? ¡Ay no, señora! No vimos más que un hombre muy feo que tocaba en la bandurria un trozo de ópera muy largo, muy largo..., y luego una muchacha muy sosa que daba unos taconazos muy fuertes, y después una señorita francesa que cantaba en su lengua guiñando los ojos.

VIC. Y que diría atrocidades.

FERN. No sé, porque no las entendíamos. Albertito nos dijo que en el *cuplé* se trataba de un pajarito que se la había escapado y no quería volver a la jaula. ¡Ya ve usted qué cosa más inocente!

VIC. ¿Y la película? Porque a lo mejor las películas...

FERN. ¡Ay! Una cosa horrible; una porción de robos y de muertes. Rosario se reía a carcajadas, porque dice que se le ocurrían unas cosas a Albertito...

D. MAN. ¡Sí que se le ocurrirían a Albertito cosas...!

FERN. Dicen que en la sección de las siete no hacen nunca nada de particular. ¡Es más aburrida!

VIC. Sin embargo, hija, a esa sección y a todas, para que usted lo sepa, no va más que la hez de la población.

FERN. ¿Cómo la hez? ¡Doña Vicenta, por Dios! Si había muchos señores visita de casa y conocidos de ustedes.

VIC. ¿Eh? ¿Muchos señores?

FERN. ¡Vaya! Me parece que el señor Ubeda y Salazar, el presidente de la Diputación, es persona de respeto. Pues estaba en la segunda fila de preferencia.

D. MAN. ¡Anda con Dios! ¡Y le hemos pedido que cierre el salón en seguida! (Aparece un criado en el foro.)

CRIADO. Con permiso de los señores; aquí hay unos señores que quieren ver al señor y a la señora.

D. MAN. ¿Quiénes son?

CRIADO. No me lo han dicho. Uno de ellos parece extranjero.

VIC. ¿Y quieren hablar con los dos?

CRIADO. Si puede ser.

D. MAN. Bueno; que pasen.

FERN. Yo me retiro, si ustedes no me mandan otra cosa. Volveré esta tarde a hacer compañía a Rosario...

VIC. Pues hasta luego. Recuerdos a la mamá, ¿eh?

FERN. De parte de ustedes. (Vase. En la puerta aparecen Ambrosio y Eugenio, que la saludan.)

ESCENA IV

VICENTA.—MANUEL.—AMBROSIO.—EUGENIO.

EUG. ¿Hay permiso?

D. MAN. Adelante.

AMBR. This question wirt simoking ring (1).

EUG. Ustedes perdonen a míster. Entiende algo el español, pero no lo pronuncia, y por si ustedes no sabían inglés me trae a mí de intérprete.

D. MAN. Ha hecho muy bien porque, efectivamente, no lo sabemos. Siéntense ustedes.

AMBR. Ringwort.

EUG. Que no, que muchas gracias; pero que tenemos prisa.

VIC. Eso no importa. Con levantarse cuando quieran irse...

EUG. Tiene razón la señora. Míster, tome asiento.

D. MAN. Y estoy a sus órdenes.

AMBR. Tink morning post espiken singering park steamer. ¡Ringnols wer wiski mart moring smart west!

D. MAN. Muy bien, pero me parece que vamos a perder un tiempo precioso. (A Eugenio.) ¿No sería mejor que hablara usted desde luego?

EUG. Es que yo no me entero si no habla él antes.

D. MAN. Es verdad. Bueno, y ¿qué ha dicho ahora?

EUG. Que se alegra de verles a ustedes buenos, que le han sido ustedes muy simpáticos, y que tiene esperanzas de que le atiendan en lo que viene a pedirles. ¿Eh, míster? ¡Me está saliendo la traducción como una seda!

D. MAN. Gracias por todo; pero me parece que no debemos andar con cumplidos, porque no vamos a acabar nunca. ¡Vamos al grano!

AMBR. ¡Oh, yes!

D. MAN. Hombre, eso ya se entiende.

---

(1) Este personaje puede decir lo que se le antoje con tal de que suene a inglés, porque las palabras escritas, sobre ser muy difíciles de aprender no quieren decir nada tampoco.

EUG. ¡Claro! lo de yes lo entiende todo el mundo.

D. MAN. ¿Quién es este señor, y qué desea?

AMBR. Firmigton hudson rith wortman exposition company.

EUG. Dice que es el empresario del Kursaal Antillano.

D. MAN. ¡Caracoles!

VIC. ¡Ah! ¿De manera que es usted el que nos ha traído esa inmoralidad repugnante...? ¡Hombre! ¡Cuánto me alegro!

AMBR. Milford stating ruma foord crapford introming the sulford cantion rimbarguen sartin splin car.

D. MAN. ¿Qué dice?

EUG. Que ha sabido que en la ciudad se trama algo para perjudicarle en su negocio, y que, como ustedes tienen tanta influencia con el Gobernador, quiere que le recomienden ustedes para que no le pase nada malo.

VIC. ¿Sí, eh? ¡Pues a buena parte viene el inglés! Precisamente somos nosotros los que queremos que se vaya usted con la música a otra parte. ¿Usted comprende? Porque ese espectáculo no se puede tolerar en una población honrada.

AMBR. (Furioso.) ¡Kolbing sleeping punk ron!

VIC. ¡Sí! Eso es; enfádese usted encima.

AMBR. ¡Steamer confort ring!

D. MAN. ¡En mi casa no consiento voces!

AMBR. ¡Ripling foreing very station vell!... ¡yes!

D. MAN. Y se ha concluído la conferencia; ¡no faltaba más!

AMBR. ¡Gool cab hall square!

EUG. Pues resulta que se entienden ustedes solos divinamente. (Sale Rosario primera izquierda.)

ESCENA V

DICHOS.—ROSARIO.

ROS. ¿Qué pasa, mamá?

VIC. Nada, no pasa nada.

AMBR. ¡Ah! Miss... Room verpul cardiff smoking.

ROS. No entiendo.

EUG. Quiere decir que usted, que es tan guapa, interceda aquí con sus parientes o lo que sean, para que le atiendan en lo que pide.

VIC. No hay intercesión que valga. Justamente por culpa de este hombre tiene un disgusto muy grave la niña.

ROS. Pero ¿de qué se trata?

AMBR. Manchester foreing station flirt.

D. MAN. Y basta de conversación, amigo. El Gobernador se entenderá con ustedes.

VIC. Vayan, vayan a la barraca, y allí se encontrarán con una sorpresa.

AMBR. Livigmton ritz reclamation office higlanders...

EUG. Dice que se quejará al cónsul.

VIC. Que se queje a quienquiera; no nos asusta el cónsul.

AMBR. ¡Hide park straffer lit!

EUG. ¡Dice que hemos hecho un pan como unas hostias! (Vanse protestando)

ESCENA VI

VICENTA.—ROSARIO.—MANUEL.

ROS. Supongo que ahora me diréis...

VIC. Nada; es un asunto que no te importa. Lo que te importa es lo otro; ¿qué has resuelto?

ROS. Hacer lo que vosotros queráis, puesto que aunque resolviera otra cosa sería lo mismo.

D. MAN. No, hija, eso no. Nosotros nos limitamos a darte el consejo que te conviene.

VIC. ¡Qué nos hemos de limitar! No hagas caso de tu padre.

D. MAN. También es un consejo.

VIC. Y lo que te he dicho es que busques la manera de romper para siempre con ese caballerito que nos ha puesto en berlina.

ROS. Habrá sido sin querer, mamá.

VIC. Sin querer o queriendo, el caso es que estamos en ridículo por su causa. Eso de llevarte a ver cupletistas y cantaoras como si

fueras una conquista de poco pelo, es un atrevimiento que no puede perdonarse.

ROS. Pero, mamá, fíjate en que fuimos con una amiga.

VIC. Aunque hubiérais ido con un canónigo de la catedral, el hecho es el hecho. A estas horas, todo el mundo se está burlando de nosotros, se está burlando de tu padre... ¡y hay que ver quién es tu padre!

D. MAN. Eso, hija mía; hay que ver quién soy yo.

VIC. El amo de la provincia, como quien dice; el jefe del partido que está en el poder, sea el que sea; el que hace y deshace senadores y diputados, y da y quita destinos... ¡figúrate lo que sucederá el día en que le pierdan el respeto!

ROS. Pero ¿van a perder el respeto a papá porque yo vea un cinematógrafo?

D. MAN. En ese salón y con Albertito, sí, hija mía. Nosotros no podemos andar en lenguas.

VIC. ¿Ves? tu padre también opina como yo.

D. MAN. ¿Y cuándo no es pascua?

VIC. Por eso, para afianzar nuestra situación, para asegurar nuestra influencia, hay que tener un rasgo de energía, mejor dicho, dos rasgos de energía. Cerrar el teatrucho ése y despedir a Alberto con cajas destempladas.

ROS. Bueno, bueno; como queráis. Me da lástima el pobrecillo, que lo hizo sin mala intención seguramente; pero puesto que no hay otro remedio... ¿os parece que le escriba? Porque de palabra no voy a atreverme.

VIC. Sí, una carta es lo mejor. "Caballero—le dices,—el paso que usted me hizo dar ayer, abusando de mi inocencia...„

D. MAN. ¡No; eso no, caramba! Eso sería echarlo a perder. Con lo del abuso y el mal paso, si el hombre enseña la carta, la gente se va a figurar otra cosa.

VIC. Es verdad.

D. MAN. Lo mejor es que ella la redacte a su gusto; la idea ya la sabe.

ROS. Sí, sí; ya sé lo que debo decirle.

D. MAN. Pues ahí te quedas. Dejémosla que recapacite. La forma de las calabazas es muy importante en estos casos.

VIC. Piensa bien las palabras, Rosarito. Que la esquela resulte seca y contundente.

ROS. No tengas cuidado, mamá. (Vanse Vicenta y don Manuel por la primera izquierda. Rosario se sienta a la mesa grande, coge un plieguecillo de papel y escribe, dictándose en voz alta:) "Amor mío: Por razones que te explicaré, es preciso que no nos veamos en unos días. (Aparece Roldán en la puerta del foro.) Pero no te desesperes ni dudes de mí por eso, porque mi corazón es tuyo, tuyo... tuyo.. „

ESCENA VII

ROSARIO.—ROLDÁN.

ROLD. Parece mentira que haya un hombre tan feliz que disponga en absoluto del corazón de una mujer tan guapa.

ROS. ¡Ah, caballero!

ROLD. Perdone usted. He cometido una impertinencia, pero me ha salido de dentro.

ROS. ¿Permite usted que me retire?

ROLD. No, señorita; no se lo permito a usted. Soy yo el que se retira puesto que soy el importuno. Usted debe seguir escribiendo.

ROS. Voy a avisar a papá que usted le espera.

ROLD. Hará usted mal, porque no es a su papá a quien espero.

ROS. ¿No?

ROLD. Es a su secretario particular. ¿No se llama Alfonso Moreno el secretario particular del señor Vélez Vallina?

ROS. Sí; así se llama.

ROLD. Pues a Alfonso es a quien deseo saludar... por ahora. Somos compañeros de colegio.

ROS. ¿Ha estudiado usted en Madrid, entonces?

ROLD. Soy de allí, señorita, y lo siento con toda mi alma.

ROS. ¿Por qué?

ROLD. Por no ser paisano de usted precisamente.

ROS. ¿Y usted qué sabe si yo soy madrileña?

ROLD. Señorita, ¡por Dios! ¿Quién ignora en España que Rosarito Vélez es la nata y flor de las hijas de esta ciudad ilustre?

ROS. ¿Sabe usted lo que creo? Que debo seguir escribiendo, efectivamente, para que no me tome usted por una provinciana tonta.

ROLD. ¡Dios me libre! Pero... hará usted bien. Si usted quiere que yo la dicte...

ROS. ¡No faltaba más!

ROLD. Estaba usted en aquello de "mi corazón es tuyo, tuyo... tuyo...„

ROS. Tenga la bondad de esperar al secretario, pero en silencio.

ROLD. Estoy a sus órdenes. (Pausa larga. Durante ella Rosario piensa en lo que ha de escribir, pero no escribe.)

ROS. ¿Viene usted por muchos días?

ROLD. Por pocos. Acabo de llegar y ya me he enterado de que mi viaje es completamente inútil.

ROS. ¿Sí?

ROLD. Sí, señorita. Porque he venido con el exclusivo objeto de hacerla a usted el amor, y a la vista está que he llegado tarde.

ROS. Caballero, su amistad con el secretario de mi padre no le autoriza para semejantes bromas.

ROLD. Siento que tome usted una confesión sincera por osadía de mal gusto, y desde luego acepto el castigo que me imponga por el desacato.

ROS. Pues, como castigo, repito sus palabras. Es usted, y no yo, quien debe retirarse.

ROLD. Obedezco humildemente, pero haciéndola observar que con esa orden, más que a mí, se castiga usted a sí misma.

ROS. ¿De veras? ¿Por qué?

ROLD. Porque se queda usted con una curiosidad muy grande, que no podrá satisfacer si yo me marcho.

ROS. ¡Dios mío! Empiezo a sospechar si estará usted loco.

ROLD. Al contrario, cuerdo y muy cuerdo, puesto que vine con el decidido propósito de enamorarla, y me voy sin intentarlo.

ROS. Con lo cual se evita usted el bochorno de la derrota.

ROLD. ¡Quién sabe!

ROS. ¿Eh? ¿Cómo?

ROLD. Perdone usted; el respeto que debo al afortunado desconocido, que es ya dueño de su corazón, me impide hacer la prueba.

ROS. Decididamente está usted loco. Salga a esperar a su amigo en la habitación inmediata. Yo voy a continuar escribiendo.

ROLD. No; con permiso de usted volveré luego, cuando esté seguro de encontrarle.

ROS. Como usted quiera.

ESCENA VIII

DICHOS.—DON ELOY.—Luego, DON MANUEL.

D. ELOY. (Saliendo por el foro) ¡Ah! ¿No está su papá, Rosarito?

ROS. Sí, señor; pase usted, don Eloy. Vendrá al momento.

ROLD. Señorita... (Saluda a don Eloy con inclinación de cabeza, y vase.)

D. ELOY. ¿Quién es este joven?

ROS. Un amigo de Alfonso que ha venido a buscarle.

D. ELOY. Parece simpático.

ROS. ¿Verdad que sí? Con permiso de usted, voy a concluir esta carta. En seguida avisaré a papá.

D. ELOY. Por mí no se apresure usted, no tengo prisa. (Se sienta junto a la mesa pequeña y se dispone a leer un periódico. Rosario rompe el plieguecillo en que estaba escribiendo, toma otro de la papelera y empieza de nuevo.)

ROS. "Alberto: Por razones que usted comprenderá, es preciso que nuestras relaciones queden

interrumpidas. La obediencia que debo a mis padres...„

D. ELOY. ¿La mamá no está en casa?

ROS. Sí, señor; ¿quiere usted que también la avise?

D. ELOY. ¡No! de ninguna manera. Precisamente iba a advertir a usted que no quisiera que se enterara.

ROS. (Continuando la escritura.) "Veremos si las circunstancias cambian más adelante.„ La firma y se acabó.

D. MAN. (Saliendo por la izquierda.) ¿Qué es esto? ¿Pero está aquí el señor Ubeda y nadie me había dicho nada?

ROS. Ahora mismo iba yo.

D. ELOY. Sí; he llegado hace un momento. Usted me esperaría, ¿no?

D. MAN. Yo, la verdad...

D. ELOY. ¡Caramba! pues la carta de usted era para suponer que teníamos que hablar inmediatamente.

D. MAN. ¿Has concluído, Rosario?

ROS. Sí, ya está. Voy a enseñar el borrador a mamá, y espero que quede satisfecha. Con permiso de usted, don Eloy.

D. ELOY. No faltaba más.

ESCENA IX

DON ELOY.—DON MANUEL.—Al fin, UN CRIADO.

D. MAN. Ante todo, ¿cumplió usted mi encargo?

D. ELOY. En el acto entregué al secretario la comunicación que se me pedía. Ya sabe usted que siempre y en toda ocasión me apresuro a servirle.

D. MAN. Muchísimas gracias. La determinación es un poco violenta, naturalmente.

D. ELOY. Sí, sí; bastante violenta. Milagro será que no me ocasione algún disgusto.

D. MAN. Pero ya comprenderá usted que era necesario acabar con ese foco de inmoralidad de la calle de Boteros. ¿No ha recibido usted,

como Gobernador interino, ninguna queja de los padres de familia?

D. ELOY. Al contrario; tengo motivos para suponer que los padres de familia están muy satisfechos. Por lo menos, algunos padres de familia.

D. MAN. Ya, los que acuden a la sección de las siete.

D. ELOY. Más todavía los que van a las otras secciones.

D. MAN. ¡Hola! Por lo visto usted vuelve después de cenar.

D. ELOY. ¿Cómo que si vuelvo? ¡Ah, sí!, he ido alguna vez que otra; pero como particular, ¿eh?, absolutamente de incógnito. Me gusta enterarme de las cosas personalmente.

D. MAN. Es lo que debe hacer una autoridad celosa.

D. ELOY. Por eso puedo asegurar a usted que este cierre a rajatabla... la verdad, no tiene fundamento sólido. Y perdóneme usted esta observación, ¿eh?; pero como allí no se comete ningún delito...

D. MAN. ¿Qué quiere usted que le diga? Es posible que yo sea de la misma opinión; pero hay que considerar...

D. ELOY. Sí, vamos. Ya me figuraba yo que esto sería cosa de doña Vicenta. Las señoras no han visto nunca el establecimiento del Kursaal con buenos ojos, y acaso esa Junta que preside...

D. MAN. Indudablemente; pero ya sabe usted que no hay más remedio que servirlas.

D. ELOY. Sin embargo, yo creo que esta medida enérgica va a producir algún trastorno, y... vamos, que podíamos ganar tiempo.

D. MAN. ¿De qué manera?

D. ELOY. Si el empresario hiciera alguna reclamación...

D. MAN. Que sí la hará...

D. ELOY. El Gobernador interino podría suspender el acuerdo interinamente, y cuando venga el propietario, que no tardará mucho, él saldrá del paso como se le antoje.

D. MAN. Lo que va a hacer el nuevo Gobernador, si le dejan solo, me lo sé de memoria.

D. ELOY. ¡Ah!, ¿ya sabe usted quién es?

D. MAN. Sí, el Marqués de San Casiano, un calaverilla sin freno, un libertino en toda la extensión de la palabra, a quien nos envían aquí sin duda para que siente la cabeza.

D. ELOY. ¿Qué me cuenta usted, don Manuel?

D. MAN. Lo que usted oye, amigo Ubeda. De modo, que si usted iba al Kursaal Antillano a la segunda fila, él se plantará todas las noches en la primera.

CRIADO. (Apareciendo en la puerta del foro.) Con permiso: dos señoras desean ver al señor.

D. MAN. ¿Dos señoras?

CRIADO. Dicen que es cosa urgente.

D. MAN. Que entren cuando quieran. (Vase el Criado.)

D. ELOY. Yo dejo a usted.

D. MAN. De ningún modo. Ya oye usted que las señoras son dos. Y me da el corazón que se trata del mismo asunto.

ESCENA X

DON ELOY.—DON MANUEL.—LAUREANA.—CANDELAS.

LAUR. ¿Se puede pasar?

D. MAN. Adelante.

LAUR. Pasa tú primero, Candelas.

CAND. ¡Ay no, por Dios, que me da mucha cortedad!

LAUR. ¡Hija, qué pava eres!... Muy buenos días. (Se adelanta.)

D. MAN. Muy buenos.

LAUR. Es decir, muy buenos no son, porque ésta y yo tenemos la sangre quemada. ¿Quién de ustedes dos es el amo de esta casa, señor don no sé cuántos Vallina?

D. MAN. Yo soy el señor no sé cuántos. Siéntense ustedes.

LAUR. Con permiso. Siéntate, Candelas.

D. MAN. Y ustedes dirán.

LAUR. Pues verá usted; un señor, amigo de usted

y admirador de ésta, que nos ha encontrao en la calle y nos ha dao un rato de palique, quería que trajéramos una tarjeta suya de recomendación, pero yo le he dicho que gracias; y ésta le ha dicho que llevando la razón por delante, no se necesitan recomendaciones.

D. MAN. Efectivamente; con la razón por delante...

LAUR. Bueno; pues, como nos han dicho que usted es la persona que hace aquí lo que la da la gana, y que lo que usted no consiga no lo consigue nadie...

D. MAN. Se exagera mucho: tengo algunos amigos y nada más.

LAUR. Con que sea usted amigo del Gobernador basta y sobra; aunque no me chocaría que no lo fuera usted, porque el hombre es un mamarracho.

D. ELOY. ¿Eh?

D. MAN. ¡Señora!

LAUR. Un puro mamarracho, y ustedes me díspensarán la expresión, pero ya he dicho que tengo la sangre quemada.

D. MAN. ¡Ya, ya se conoce!

CAND. Lo que mi tía ha querido decir es que el señor Gobernador es un "viva la Virgen„.

LAUR. Que viene a ser lo mismo, sólo que ésta es muy fina.

D. MAN. Y ¿por qué tienen ustedes esa opinión de la autoridad?

LAUR. Porque sin venir a cuento, y sin que en el Antillano se haya dao motivo ninguno, ha cerrao el salón, dejando una porción de familias honradas en mitad de la calle.

CAND. Y ha de saber usted que yo tengo un contrato firmado, y si esto no se arregla por la buena... pues no voy a tener más remedio que pedirle a ese señor daños y perjuicios.

D. MAN. Ya oye usted, don Eloy.

D. ELOY. Ya, ya oigo.

LAUR. Y no vaya usted a creer que se va a ir de rosas, porque en un pueblo de Andalucía la

tomó con ésta el Alcalde, sin saber por qué...

CAND. Sí sabemos por qué, tía.

LAUR. Bueno, porque él era un sirvergüenza y ésta es muy decente, y de la noche a la mañana nos cerró el *cine*. Pero, ¿sabe usted lo que pasó? Que a los tres días le cayó desde Madrid un rapapolvo que todavía le está escociendo.

D. MAN. Siga usted haciéndose cargo, don Eloy.

D. ELOY. Ya, ya sigo.

LAUR. Pero ¿por qué se lo cuenta usted todo a don Eloy? ¿Es que el señor tiene algo que ver en el asunto?

D. MAN. Lo tiene que ver todo, señora, puesto que es el Gobernador que ha ordenado la clausura.

LAUR. ¡Ay, qué gracioso! Que es el Gobernador dice.

D. ELOY. Sí, señora, sí; desgraciadamente soy el "viva la Virgen„ en opinión de esta señorita, y el mamarracho en la de usted.

LAUR. Pues, hijo, usted dispense; pero ya no puede una volverse atrás, porque sería peor.

CAND. No haga usted caso, tía; es que estos señores están de broma. Este caballero no puede ser, porque le conozco yo mucho.

D. MAN. ¿Sí? ¿De qué?

CAND. Toma, de verle casi todas las noches en la preferencia.

D. ELOY. Se ha fijado usted, por lo visto.

CAND. Siempre se fija una sin querer en los caballeros que aplauden mucho, porque, naturalmente, le son a una muy simpáticos.

D. MAN. Y don Eloy es de los que se entusiasman, ¿eh?...

D. ELOY. Esta señorita baila con una distinción, con un arte tan fino...

LAUR. ¡Tómala en brazos! Pues entonces, ¿por qué la ha prohibido usté que trabaje?

D. ELOY. Porque... porque una cosa es la admiración artística, y otras cosas son la moral y la ley.

LAUR. Pero, ¿qué ley, ni qué moral, ni qué ocho

cuartos, buen hombre! ¿Dónde está escrito que mi sobrina no se pueda ganar la vida honradamente, máxime más cuando no hace nada que escandalice? ¿Es que hay algo de lo suyo que no se pueda ver?

D. ELOY. Al contrario, al contrario; todo merece verse; pero no es ella sola. Hay otros números en el programa.

LAUR. ¡Otros números! Demasiado sabe usted que ella es la que lleva la gente, como en todas partes.

D. ELOY. Sin embargo, yo he recibido quejas.

LAUR. ¡Ahí le duele! Las señoras de aquí, que son como las de todos los pueblos. Justamente veníamos a ver a la de esta casa, que es la que nos han dicho que lleva la voz cantante.

D. MAN. ¿Ver a mi mujer? Lo siento mucho, pero es imposible.

LAUR. ¿Qué cree usté? ¿Que nos la vamos a comer? Pues le advierto a usté que a mí me han recibido en casas de mucho fuste, y hasta Marquesas y Duquesas nos han echao memoriales para ver bailar a mi sobrina.

CAND. Sobre todo, señor, que puesto que el Gobernador, contra su voluntad, ha tomado una determinación que perjudica mis intereses, sería una crueldad impedirme defenderlos. Digo, me parece a mí.

D. MAN. No la parece a usted mal.

CAND. Con que su esposa de usté oiga nuestras explicaciones no se pierde nada. Yo espero convencerla para que interponga su influencia con usté, y usté con este caballero.

D. MAN. ¿Qué opina usted, amigo Ubeda?

D. ELOY. Que esta joven, además de bailar como un ángel, habla como un libro. Por mi parte no tengo inconveniente en revocar la orden, si las damas retiran su queja.

CAND. La retirarán, ya lo verá usté. Como dice muy bien mi tía, llevamos la razón por delante.

D. ELOY. Y usté, además, lleva la gracia de Dios para exponerla.

D. MAN. ¡Don Eloy!, que aquí está hablando el Gobernador interino.

LAUR. No le choque a usté; mi sobrina tiene eso. Todas las autoridades empiezan mentándola el patíbulo y acaban poniéndose como una jalea.

ESCENA XI

DICHOS.—ALFONSO.—Al fin, ROLDÁN.

ALF. ¿Dan ustedes permiso?

D. MAN. Pase usted, Alfonso.

ALF. Señoras...

LAUR. Buenos días, pollo.

D. MAN. ¿Cumplió usted todos los encargos?

ALF. Todos; ya le habrá dicho don Eloy...

D. MAN. Sí; ¿y el empresario?

ALF. Pues el empresario me dijo unos cuantos improperios en inglés.

LAUR. Ya está gracioso el inglés. ¿Oyes, Candelas?

D. MAN. Y ¿cómo se entendieron ustedes?

ALF. Pues, casi a puñetazos. Tuve que contenerme para no pegarle, y tuvieron que contenerle a él para que no me pegara.

D. MAN. Ya me figuraba yo que la comisión era difícil. Pues... voy a darle a usted otra.

ALF. Estoy a sus órdenes.

D. MAN. Estas señoras quieren hablar con mi mujer. Haga el favor de acompañarlas y de pedir el oportuno permiso. Dígala usted que no las presento yo porque... porque tengo con el señor Ubeda una conferencia interesante.

ALF. Estoy a su disposición.

LAUR. Cuando usté quiera; vamos, Candelitas.

D. MAN. Después de la entrevista con el inglés, va usted bien preparado.

CAND. Caballero... Y muchísimas gracias por sus aplausos, don Eloy.

LAUR. Anda, hija, anda, que no ha hecho el hombre más que lo que debe. (Vanse con Alfonso por la primera izquierda.)

D. ELOY. ¿Sabe usted, don Manuel, que esta Candelitas es efectivamente muy mona?

D. MAN. Y ¿no ha notado usted una circunstancia?

D. ELOY. ¿Cuál?

D. MAN. Que casi está más guapa en ese traje que con el sombrero cordobés y el mantón de Manila.

D. ELOY. ¡Cómo! pero ¿es que usté también la ha visto?

D. MAN. Alguna que otra vez; pero siempre como particular. No hay más remedio que verlo todo.

D. ELOY. ¡Ya, ya! Lo que yo digo.

D. MAN. ¿Va usted al Gobierno?

D. ELOY. Allá voy a ver si hay alguna noticia de mi sucesor.

D. MAN. Pues le acompaño a usted. Es conveniente que el final de esa conferencia me coja un poquito lejos de casa... por si acaso. (Al ir a salir por la puerta del foro, aparece en ella Roldán.)

ROLD. ¡Ah!, perdón. Ya veo que no está don Alfonso Moreno. Me ha dicho el criado que acababa de entrar.

D. MAN. Y vendrá en seguida. Pase usted, si quiere. ¿Vamos, don Eloy? (Sale Alfonso por la izquierda.) Aquí le tiene usted precisamente. (Vanse don Eloy y don Manuel.)

ESCENA XII

ROLDÁN.—ALFONSO.

ALF. Juan Antonio...

ROLD. Vamos, hombre, ¡gracias a Dios que te echo la vista encima! (Se abrazan.)

ALF. Pero, ¿habías ya venido a buscarme?

ROLD. Casi desde la estación, ¡no faltaba más!

ALF. ¡Cuánto te lo agradezco, y qué sorpresa tan agradable! Pero ¿qué es esto? ¿Qué traes tú por aquí?

ROLD. Yo no traigo nada, es el viento el que me trae a mí. Me deja en esta capital de tercer orden como podía haberme dejado en Berlín o en la China.

ALF. ¿Y de qué se trata ahora? De alguna aventurilla amorosa, como si lo estuviera viendo.

ROLD. Algo de eso hay; pero ésta es muy rara, porque no es cosa mía.

ALF. ¿No?

ROLD. Es cosa de mi padre.

ALF. ¡Qué barbaridad!

ROLD. Eso te parece, porque sin duda no me has entendido. No he dicho que sea de mi padre la aventura, sino la idea.

ALF. ¡Ah, vamos!

ROLD. Más claro, que no vengo por mi cuenta. Vengo... de lo que no he sido nunca, de hijo obediente; lo que prueba que el lance, si hubiera alguno, no sería de mala índole.

ALF. Ya voy entendiendo. Se trata de un casamiento probable.

ROLD. La historia de siempre, Alfonsito. Los políticos suelen tener mucho postín, pero poco dinero. Papá es político, mi porvenir se presenta obscuro... nos hace falta una rica heredera para sostener el lustre de la familia. En fin, el plan sencillísimo de los tiempos de Mari-Castaña.

ALF. Y ¿cómo no le habéis desarrollado en Madrid?

ROLD. Porque en Madrid me conocen hasta las criadas de servicio.

ALF. Sin embargo, no entiendo por qué has escogido este pueblo y no otro cualquiera.

ROLD. Tú has tenido la culpa.

ALF. ¡Hombre!, ¿yo?

ROLD. Sí, porque tu carta participándome que habías encontrado una colocación de secretario del señor Vélez Vallina, fué un rayo de luz que iluminó mi casa. Tu protector, o lo que sea, ¿no es inmensamente rico?

ALF. Media provincia es suya. No sabe lo que tiene.

ROLD. Pues aquí estoy yo para ayudarle a averiguarlo, por encargo especial de mi señor padre.

ALF. Supongo que vendrás bien informado.

ROLD. ¡Figúrate! Como que el mismo Ministro de la Gobernadión, que me quiere como a un hijo, es el que ha tomado a su cargo el asunto. He tenido a mi disposición toda la policía del reino.

ALF. Entonces, no tengo que decirte nada. Me limitaré a presentarte a tu futura.

ROLD. Ni ese pequeño favor necesito, porque ya la conozco.

ALF. ¡Sí! ¿Desde cuándo?

ROLD. Desde hace un momento que vine a buscarte.

ALF. Pero, al menos, necesitarás tratar a la familia, entrar con frecuencia en la casa, y para eso yo puedo ser un pretexto excelente.

ROLD. Tengo otro mejor.

ALF. ¿Sí? ¿Cuál?

ROLD. Pero, hombre, ¿tú has creído que yo iba a venir diciendo: "Aquí estoy, y esto es lo que busco„? Eso hubiera sido enseñar las cartas. Me mandan con un empleo que me pondrá en contacto constante con el cacique.

ALF. ¿En qué oficina?

ROLD. En el Gobierno civil.

ALF. ¿Con buen sueldo?

ROLD. Regular.

ALF. ¿Qué cargo tienes?

ROLD. El de Gobernador.

ALF. ¡Juan Antonio! ¡Haz el favor de no burlarte! El Gobernador electo es el Marqués de San Casiano.

ROLD. ¡Ah! ¿pero no sabías que el Marqués de San Casiano era yo?

ALF. Es la primera noticia.

ROLD. Pues, sí; un título pontificio que me sacó papá. Le ha dado a última hora por las pompas y vanidades. Pero siéntate, hombre.

ALF. Es que, la verdad, no sé cómo tratarte desde ahora.

ROLD. De Vuecencia, si te parece. ¡También tú eres gracioso! Pero no me descubras todavía. Quiero tantear el terreno sin darme a conocer, y correrla antes un poco. Después estaría mal visto y sería más difícil.

ALF. ¿Te ofenderás si te digo que no me cabe en la cabeza?

ROLD. Lo creo. ¡Juan Antonio Roldán, Gobernador! Es para morirse de risa. Y sin embargo, como yo debían ser todos los Gobernadores.

ALF. Hombre...

ROLD. Por lo mismo que no hay mejor policía que el que ha sido ladrón, ni mejor carcelero que el que ha estado en presidio. Como yo quiera hacer cumplir la ley... listo tiene que ser el que me haga trampas, puesto que las he practicado todas.

ALF. En el fondo puede que estés en lo firme.

ROLD. ¿Que si lo estoy? Como que ya puedes decir que ha tenido suerte la provincia. Lo malo es que la va a disfrutar poco tiempo, porque antes de ocho días me marcho.

ALF. ¿Por qué?

ROLD. Porque como el Gobierno es lo secundario y el matrimonio lo principal... aquí no tengo nada que hacer. Mi novia tiene novio.

ALF. ¡Bah! Ñoñeces sin substancia. Como tú quieras...

ROLD. Pero es que no voy a querer, Alfonsito. Sobre que malditas las ganas que tengo de casarme, no me gusta hacer desgraciado a un pobre chico... ni me gusta la niña.

ESCENA XIII

DICHOS.—ROSARIO

ROS. ¿Ha salido papá, señor Moreno?

ALF. No puedo contestar a usted; no le he visto.

ROLD. Sí; ha salido, señorita, acompañando a otro caballero, también muy respetable.

ALF. Mi amigo Juan Antonio Roldán.

ROS. Ya le conozco.

ROLD. Sí; ya nos conocemos.

ALF. ¿Ocurre algo?

ROS. Que mamá está despidiendo a esas señoras, y yo he creído que la presencia de papá sería oportuna.

ALF. ¿Está de mal humor doña Vicenta?

ROS. Al contrario; casi se ha convencido. La joven tiene una labia peligrosa. Si papá estuviera aquí, quedaría todo arreglado, y yo me alegraría, porque como he tenido sin querer la culpa del conflicto...

ROLD. Permítame usted que lo dude; usted no puede ser responsable de nada malo.

ROS. Gracias por esa opinión. Ya he dicho que ha sido sin querer.

ROLD. No podia menos. ¿Se trata de algún regaño entre amigas?

ALF. No; se trata de una muchacha que baila en los salones de espectáculos.

ROS. Este caballero, que viene de Madrid, la conocerá de seguro.

ROLD. Es posible. Tengo el honor de conocerlas a casi todas.

ALF. Esta se anuncia en los carteles "La reina del garbo„.

ROLD. No me suena. Pero es fácil que por allá ocupara el trono de cualquier otra cosa.

ESCENA XIV

DICHOS.—LAUREANA.—CANDELAS.

AUR. (Dentro.) No se moleste usted. Sabemos salir solas.

ROLD. ¡Toma!, ¡si es la inconmensurable doña Laureana!

LAUR. ¡Anda con Dios! ¡Mira quién está aquí, Candelitas!

CAND. ¡Juan Antonio! (Se saludan efusivamente.)

LAUR. ¡Qué casualidad y qué suerte!, ¿verdad?

CAND. Sí que ha sido suerte. ¿Cómo estás, mala persona?

ROLD. Ya lo ves. He debido figurarme que eras tú la reina del garbo.

LAUR. Y yo la tía de la reina, ¿eh? Dispensen ustedes estas expansiones: somos amigos antiguos.

ROLD. No tan antiguos, doña Laureana; de hace un año todo lo más.

ROS. Pero íntimos, por lo que se ve.

ROLD. Tampoco mucho, ¿verdad, Candelas?

CAND. Verdad.

ROS. Como se t tean ustedes...

LAUR. Es que este es muy fresco, y apea el tratamiento en seguida.

CAND. Fué a mi cuarto un par de veces cuando yo empezaba, quedó en volver y hasta ahora.

ROLD. ¿Sí? ¿Ocurrió eso? No me choca, tiene uno tantas ocupaciones... (Siguen en voz baja.)

ROS. (Aparte a Alfonso.) Señor Moreno, su amigo de usted me parece un poco..., no sé cómo decirlo.

ALF. Sí, de lo que no sabe usted cómo decir tiene fama en toda España.

ROS. Sería de agradecer que no menudearan sus visitas, ¿no le parece a usted?

ALF. En lo que de mi dependa...

ESCENA XV

DICHOS.—AMBROSIO.—EUGENIO.

EUG. (Por el foro y hablando hacia afuera.) Esperaremos todo lo que haga falta. Pase usted, míster.

AMBR. Steamer smoking.

LAUR. ¿También aquí vosotros? ¿Qué pasa?

EUG. Que míster ha recibido un oficio del Gobernador suspendiendo las funciones, y como el causante de todo es el amo de esta casa...

ALF. Hable usted con el respeto debido, como si él estuviera presente.

AMBR. Walter simi oxford street.

ROLD. Pero ¿qué está diciendo ese hombre?

CAND. Es el empresario.

EUG. Dice que a él se lo diría lo mismo.

LAUR. Le advierto a usted que ya no hay caso. Se dará función esta noche.

CAND. La mamá de esta señorita nos ha prometido influir para que la orden se quede en el aire hasta que venga el Gobernador nuevo.

ROLD. ¿Sería una indiscreción preguntar qué orden es esa?

ALF. Nada importante: que aquí funciona un cinematógrafo con *varietés*, y por lo visto algunas personas han protestado de la inmoralidad del espectáculo.

LAUR. Hipocresías que hay.

CAND. Ya sabes cómo bailo yo. Nadie ha tenido que decir nada en ninguna parte.

AMBR. Reding stutgart rananisch spoken.

EUG. Quiere decirse...

ROLD. Quiere decirse que haga usted el favor de callar. (A Rosario.) ¿Me permite usted que me entienda directamente con este caballero?

ROS. Si usted puede...

ROLD. Creo que sí. He viajado mucho por Inglaterra.

EUG. ¿Que sabe usted el inglés? (Atiza, manco.)

ROLD. Y no necesito el intérprete para nada. Míster, ¿me hace usted el favor?

AMBR. (Acercándose a él.) Struger for liffe...

ROLD. Ante todo, ¿cómo va, amigo Ambrosio?

AMBR. ¡Skoking!

ROLD. Déjese usted de monsergas. Nos conocemos del café del Turco, de Málaga. Lo que hay es que tiene usted mala memoria.

AMBR. ¡No me descubra usté, por la Macarena... porque me pierde!

ROLD. Pero, ¿a qué ha venido esto?

AMBR. Conveniencias del negocio. Un empresario de la Caleta no es nadie, y un empresario inglés tiene doble crédito.

ROLD. Muy bien; pues ahora van ustedes a salir de aquí más que de prisa, y... ya nos veremos en otra parte.

AMBR. ¡Oh!, sturgen osford milton.

ROLD. Sí, sí; esas bromas para el Gobernador interino (Alto.) Señorita, estos señores se van sin esperar al señor Vallina, ¿no es eso?

AMBR. Livingston struk.

EUG. Que sí; que nos vamos... y que tenemos aquí muy mala pata.

CAND. Nos iremos todos.

ROS. Sí, sí; más vale. (A Alfonso.) Se ve que su amigo se ha criado con esta gente.

ALF. Y da lástima, ¿verdad?

ROS. A mí me da lo mismo.

ROLD. (A Candelas.) ¿Vais al Gobierno? Os acompañaré hasta la puerta. Y tú no tengas cuidado, que no te pasará nada... Me gustas un poco más que antes... Eres la reina del garbo, efectivamente.

CAND. (Dándole un golpecito cariñoso en la mejilla.) Pero, ¡qué zaragatero te ha hecho Dios, hijo de mi alma!

ROS. (Aparte a Alfonso.) ¿No le parece a usted que eso ya es demasiado?

ALF. Para él no es demasiado nada.

(Roldán se separa de Candelas y se acerca a Alfonso. Eugenio se acerca entonces a Candelas.)

ROLD. Adiós, Alfonso; espero que no tardes en pagarme la visita.

ALF. Naturalmente.

ROLD. ¿Sabes que está muy bien la niña ésta? Creo que voy a tardar unos días en tomar posesión.

EUG. (Con malos modos a Candelas.) ¡Tienes tú mucha confianza con el señorito ése!

CAND. Tengo la que me acomoda. ¿Es que hemos hecho algún contrato?

ROLD. (Fijándose en Eugenio y Candelas.) Sólo que se me figura que también por ahí he llegado tarde.

AMBR. ¡Al righ!

LAUR. Andando, que hay prisa. (A Rosario.) Hemos tenido mucho gusto en conocerla.

ROS. Muchísimas gracias.

ROLD. (Saludando.) Señorita...

ROS. Acompáñelos usted hasta la puerta, Alfonso.

(Vanse todos. Rosario, en cuanto se queda sola, se sienta junto a la mesa grande, rompe nerviosamente el sobre que traía en la mano, coge otro plieguecillo y escribe:) "Amor mío, no te preocupes por la separación. Mi corazón es tuyo, tuyo... tuyo..."

TELON

ACTO SEGUNDO

Cafetín del Kursaal Antillano. Al fondo puerta grande con cortinas. Sobre ella un letrero que dice: «Entrada al salón». A la derecha otra puerta grande con vidrieras, que da a la calle. A la izquierda, primer término, puerta pequeña abierta siempre. Sobre ella un letrero que dice: «Entrada al escenario». En el ángulo del fondo izquierda, mostrador y anaquelería Tras él, puertecita con cortina por donde entra y sale el encargado, para no estar constantemente en escena.

ESCENA PRIMERA

EUGENIO, sentado junto a un velador del primer término derecha.—AGUSTÍN, sirviéndole un bock.—Luego, BERNABÉ.

EUG. Esto lo pones hoy en la cuenta de la empresa, ¿entiendes? Gastos generales.

AGUST. ¿Y si luego hay algún reparo?

EUG. No habrá ninguno. La función de esta tarde corre por la Junta de Damas.

AGUST. Ya está usté bueno, ya. (Vuelve a colocarse tras el mostrador.)

EUG. Pues no faltaría otra cosa... ¡He trabajao yo poco!

BERN. (Sale por la puerta del foro y se acerca al mostrador en seguida. Es guardia de Orden público.) Dame una de ojén, Agustinillo, a ver si se me quita este nudo que se me ha puesto en la garganta.

AGUST. ¿Se ha afectado usted?

BERN. Calla, hombre; no puedo con estas películas que hacen llorar a las piedras. Yo me he salido cuando tenían a un Duque ing'és en la mazmorra y entraba el verdugo con el hacha. Para eso no se debe ir al cine. A mí las vistas que me gustan son las de Tontolín y las de besos y abrazos.

EUG. Pero hoy no puede haber nada de eso, amigo guardia. Es función de prueba para que las señoras que querían cerrar esto se convenzan de que pueden venir al Kursaal hasta las niñas de primera comunión.

BERN. ¡Ya están ustedes buenos pájaros! Y ¡cómo está eso de mujeres, compadre! El salón echa chispas materialmente. (A Agustín.) También el ojén es de abrigo.

AGUST. ¿Quiere usté un poco de agua?

BERN. No digas barbaridades, Ag stín. Eso sería deshonrar el uniforme. Voy a ver si han acabado de cortarle la cabeza al Duque. (Vase por el foro. Sale por la izquierda Laureana y cruza la escena para marcharse por la derecha.)

ESCENA II

AGUSTÍN.—EUGENIO.—LAUREANA.

EUG. ¿Qué es eso? ¿Se va usted a la calle?

LAUR. Como que nos ha pasao una avería: se nos han olvidao los palillos... ¡Cuanto más cuidao quiere una poner...! A mí se me figura que los metí en el lío de la ropa; pero se conoce que me los dejé encima de la mesa.

EUG. ¿Quiere usted tomar algo?

LAUR. Gracias, hijo, no me apetece. (Medio mutis.)

EUG. Espere usted un poco. ¿Hay mucha gente en el cuarto?

LAUR. Regular.

EUG. ¿Está el señorito ese de Madrid?

LAUR. Ya estás tú moliendo más de lo debido con el señorito de Madrid. ¿Te importa a ti algo?

EUG. Señora Laureana, a mí lo que me importa es

no estar en la higuera, para que usted se entere.

LAUR. Y ¿qué quieres decir con eso?

EUG. Nada de particular. Que una cosa es que Candelas esté amable con todo el mundo, porque ya sabemos que las artistas no le pueden poner a nadie cara de perro, y otra cosa es... otra cosa.

LAUR. Pero, vamos a ver: ¿es que te has figurao que vas a meter en un puño a mi sobrina? ¡Pues estaríamos buenos, hombre! Ella puede hacer lo que le dé la gana en eso y en todo; porque no creo que hayáis firmao ningún papel ni que te haya dao palabra de casamiento.

EUG. Pero me distinguía un poco, y ahora resulta que ya no me distingue. ¿Y sabe usted desde cuándo no me distingue?

LAUR. Desde que ha venido Juan Antonio.

EUG. Sí, señora; desde que ha venido Juan Antonio. Y de él, no digamos; ya ve usted lo que ha hecho. Debíamos haber salido picando de aquí hace tres días... y ha venido a parar toda la bulla en la función de esta tarde.

LAUR. Porque él sabe manejar estas cosas, y ha querido hacer un favor a la empresa.

EUG. Ni a la empresa, ni a usted, ni a mí, señora Laureana. ¡Ni que fuera uno tonto!

LAUR. ¡Anda y que te pelen! (Medio mutis. Se detiene al ver salir a Ambrosio por la primera izquierda.)

ESCENA III

DICHOS.—AMBROSIO.

AMBR. Good save the Queen.

AGUST. Buenas tardes, míster.

AMBR. Bock.

AGUST. Va en seguida. (Ambrosio se sienta junto a la misma mesa de Eugenio.)

AMBR. Ustedes disputando, como de costumbre.

LAUR. Aquí Eugenio, que se empeña en cortarnos la carrera.

EUG. Exageraciones de la señora Laureana.

AMBR. A propósito, diga usted a la niña que tenga hoy cuidado con lo que hace. Quietecitas las caderas, ¿eh?

LAUR. ¡Claro!, cuando ha venido a verla toda la aristocracia, va la chica a quedar como una sosa.

AMBR. Yo sé lo que me digo: las caderitas quietas.

LAUR. Vayan ustedes a pelarse juntos. ¡Estamos bien con este par de zánganos! (Vase por la derecha, dando una rabotada.)

AGUST. Aquí está el bock.

AMBR. ¿Reding square Nelson?

EUG. Que si está fresca.

AGUST. Ya lo he entendido, ya. Me voy acostumbrando. Sí, señor, sí; está como el hielo enteramente.

AMBR. Volping. (Se retira Agustín y vuelve a colocarse detrás del mostrador.) ¿Se ha inutilizado la puerta de los recreos?

EUG. Sí, señor; hemos puesto un armario delante.

AMBR. Muy bien; ¿y la de los gabinetes?

EUG. No se me ha ocurrido.

AMBR. ¡Canastos!, pues es tan importante como la otra. Las señoras son las empresarias esta tarde y puede ocurrírseles visitar el edificio durante el intermedio.

EUG. Pues no creí que hacía falta.

AMBR. ¿Cómo que no? Los caballeros ya los conocen, y las damas... no necesitan enterarse. A ver si lo vamos a echar todo a perder por una tontería. Ya está usted volando.

EUG. Pondremos otro armario si a usté le parece.

AMBR. Ponga usted aunque sea una muralla; pero vivito, vivito.

EUG. En seguida.

ESCENA IV

DICHOS.—ROLDÁN.

AMBR. (Al ver a Roldán que sale del fondo y se dirige a la puerta de la izquierda.) ¡Ah, mister!, foot ball law tenis...

EUG. Quiere decir que no se puede entrar en el escenario.

ROLD. El que lo quiere decir es usted, mi amigo; pero como si me hablara usted en inglés de veras. (Va a entrar. Ambrosio le detiene con la voz.)

AMBR. ¡Mister! for ever. (Como si le llamase. Roldán se dirige entonces a la mesa que ocupa Ambrosio. Eugenio entra en el escenario.)

ROLD. ¿Se puede saber por qué sigue usted conmigo la comedia?

AMBR. El del mostrador...

ROLD. ¡Ah, ya! Y ¿qué le pasa a usted de nuevo?

AMBR. Nada; que quiero que nos bebamos juntos una botella de lo que usted pida.

ROLD. Gracias; no tengo sed ahora.

AMBR. Por lo menos, permítame usted que le exprese mi agradecimiento.

ROLD. ¿Por qué?

AMBR. Por el consejo que usted me dió y que ha sido mi salvación completa. Ya ve usted cómo está el salón esta tarde. Si salimos bien de la prueba, hay temporada larga. Ya he pensado establecer miércoles blancos.

ROLD. Me alegro mucho; pero no tiene usted que agradecerme nada. No lo he hecho por usted.

AMBR. Ya; ya me figuro que ha sido por...

ROLD. Tampoco por quien usted se figura. Y voy a decirle a usted la verdad para que no me cuelgue milagros. ¿Usted sabe por qué suspendió el espectáculo el Gobernador interino? Por haber asistido a él inconscientemente una señorita...

AMBR. Sí, ya lo sé. La hija del cacique.

ROLD. Pase lo del cacique. Bueno; pues yo creí que para acabar con la murmuración, mejor que

suspender las funciones sería lograr que las presenciaran las familias decentes.

AMBR. Muy bien pensado.

ROLD. Después de haber venido aquí todas las jóvenes de la población, no podía chocar a nadie que hubiera estado antes una de ellas.

AMBR. Es usted listo, don Juan Antonio.

ROLD. Ya lo sé.

AMBR. Y con esa idea feliz me ha salvado usted de la ruina...

ROLD. Hombre, tanto como la ruina...

AMBR. Sí, señor, sí; aunque parezca mentira, se estaba haciendo un buen negocio.

ROLD. ¿Con las películas y los números?

AMBR. Usted no sabe lo que gustan...

ROLD. Mire usted, amigo Ambrosio, a mí no me hacen efecto los cuentos árabes. La mina no está en el espectáculo, que no es más que un pretexto.

AMBR. Pretexto ¿para qué?

ROLD. Para desplumar a los hijos de familia en un saloncito del piso principal, que no será un oratorio cuando hoy ha puesto usted un armario delante de la puerta.

AMBR. Yo le juro a usted, don Juan Antonio...

ROLD. No jure usted nada... He salido de allí al amanecer.

AMBR. ¡Cómo! ¿pero es que esta noche?...

ROLD. Sí, señor; esta noche, después de cenar, en un cuartito del entresuelo. ¡Qué se le ha de hacer! Hay que divertirse.

AMBR. Me deja usted asombrado.

ROLD. Lo creo.

AMBR. Sólo sentiría que después del favor...

ROLD. Tranquilícese usted: descubrí en seguida la mácula y he ganado cuarenta duros.

AMBR. ¿Sí? Me alegro de veras.

ROLD. Eso ya no lo creo. Pero, por si fuera verdad, voy a darle un consejo, en pago.

AMBR. ¿Cuál?

ROLD. Que en lo sucesivo tomen ustedes más precauciones, porque lo va a saber el Gobernador...

AMBR. No tenga usted cuidado. Ya he conocido dos, uno en propiedad y otro interino, y ninguno se ha enterado de nada.

ROLD. Pues a la tercera puede ir la vencida.

ESCENA V

DICHOS.—LAUREANA.

LAUR. ¡Hola, buenas tardes, Juan Antonio!

ROLD. Muy buenas.

LAUR. ¿En qué están?

AMBR. En la película cómica, me parece. Ahora va el tocador de bandurria.

LAUR. Y luego la Petit Bibelot; ¿no es así el programa?

AMBR. Así es.

LAUR. Me sobra tiempo entonces.

AMBR. Voy a ver si está ese hombre dispuesto.

ROLD. Dígale usted que toque algo alegre.

AMBR. Como la función es seria...

ROLD. No importa; en la bandurria no puede haber nada pornográfico.

AMBR. Bien, bien. Voy a decírselo. (Vase al escenario.)

LAUR. ¡Qué caro se vende usted, hijo de mi alma! Candelitas está con usted que echa lumbre.

ROLD. Si es que he tenido mucho que hacer.

LAUR. Pero estuvo usted aquí anoche, y ni siquiera entró a saludarnos.

ROLD. ¿Quién se lo ha dicho?

LAUR. La madre de la Petit Bibelot, que tiene motivo para saberlo, ¿no?

ROLD. ¡Ah, sí! nos conocimos en Barcelona, y se empeñaron en que cenáramos juntos para celebrar el encuentro.

LAUR. Es una manía que tiene la pobre señora; la de cenar con todo bicho viviente. ¿Va usted a entrar en el escenario?

ROLD. Allá iba.

LAUR. Candelitas se alegrará mucho, porque le aprecia a usted bastante. Le apreciamos a usted las dos, más de lo que merece.

ROLD. Muchísimas gracias.

LAUR. Y así verá usted las simpatías que tiene mi sobrina también en este pueblo. Está el cuarto lleno de gente, y rebosan señores formales por los pasillos.

ROLD. ¡Ah! ¿sí? Pues entonces no ent o.

LAUR. ¿Por qué?

ROLD. Porque, naturalmente, no conozco a ninguno de esos señores formales, y voy a hacer la triste figura.

LAUR. ¿Es que se ha vuelto usted corto de genio?

ROLD. Dios me libre.

LAUR. Entonces... es que se ha enamorao usted de pronto de mi sobrina y ya le cargan los moscones.

ROLD. Sigue usted tan graciosa como siempre, doña Laureana.

LAUR. Y muchos años me dure el humor. Pero le advierto a usted que no lo digo en broma. Si no hay algo entre ustedes, estamos todos muy expuestos a que lo haya.

ROLD. ¿Qué me cuenta usted?

LAUR. ¡A ver! Ella toma una rabieta porque usted cena con la Petit Bibelot; usted se amosca porque ella tiene hombres en el cuarto... ¡Así empezaron en el mundo todos los que acabaron por amelonarse!

ROLD. No se apure usted, que yo no me amelono.

LAUR. ¡Quién sabe, hijo, quién sabe! Torres más altas han caído.

ESCENA VI

DICHOS.—CANDELAS.

CAND. (En la puerta del escenario.) Pero, tía, ¿en qué está usted pensando? ¿Es que hoy no me visto?

LAUR. Voy allá: me había entretenido con éste.

CAND. ¡Hola, Juan Antonio! Ya era hora, hombre.

ROLD. Iba a entrar ahora mismo a saludarte.

LAUR. Iba a entrar, pero se ha arrepentido. Dígalo usted todo.

CAND. ¿Sí? ¿por qué?

LAUR. El te lo explicará, si quiere.

CAND. ¿No ha de querer?

LAUR. Es que puede que no se atreva. Te advierto que está como un estudiante de primer año.

ROLD. No la hagas caso; hace mucho tiempo que acabé la carrera.

LAUR. Ilusiones, hijo; hay carreras que no se acaban nunca. (A Candelas.) ¿Vienes?

CAND. Sí, vamos; que hoy hacen falta muchos perfiles.

ROLD. Pues hasta luego.

CAND. ¡Ah! Pero ¿es verdad que no entras?

ROLD. ¡Si vas a vestirte!

CAND. Pero el traje es de los que se cambian delante de gente.

ROLD. De todas maneras.

CAND. Bien, bien; respetaremos tu pudor. (A Laureana.) Vaya usted preparándome la ropa.

LAUR. No tardes, ¿eh? (Dice que él no se amelona, y se le ven las pipas.) (Vase al escenario.)

ESCENA VII

CANDELAS.—ROLDÁN.—Al fin, LAUREANA.

CAND. Vamos a ver; ¿es que vamos a tener aquí la segunda parte?

ROLD. ¿La segunda parte de qué?

CAND. ¿De qué va a ser? De la primera. Acuérdate de que te despediste diciendo "hasta mañana„ y se conoce que para ti los días son años.

ROLD. Y acuérdate tú de que te pusiste un poco tonta.

CAND. Me puse como soy; ¿pues qué te habías tú figurado? ¿Que me ibas a conquistar en veinticuatro horas y con cuatro palabras? Yo no soy de esas, hijo.

ROLD. Ni yo de los que se hacen ilusiones. Comprendí en seguida que no íbamos a ninguna parte.

CAND. A ninguna parte mala.

ROLD. Naturalmente.

CAND. Pero en cuanto nos hemos vuelto a encontrar te ha faltado tiempo para decirme que te gustaba mucho.

ROLD. Porque es verdad Y no me chocaría que acabara por enamorarme de ti... si no hubiera un obstáculo.

CAND. Que te figuras que tengo novio.

ROLD. Eso; y no me gusta hacer mal tercio a nadie.

CAND. Tampoco a mí. Por eso no podría hacerte caso, aunque te quisiera con locura.

ROLD. Porque te figuras que tengo novia.

CAND. Porque te han encargado que la tengas, que viene a ser lo mismo. Todo se sabe, Juan Antonio.

ROLD. Ya lo veo, ya; y sabrás también que no he cumplido el encargo,

CAND. Porque me has encontrado a mí y te has tomado unos días de asueto para jugar al Tenorio ¿No te he dicho qne se trataba de la segunda parte?

ROLD. ¿Quién te lo ha dicho?

CAND. Nadie; no me lo ha dicho nadie. Las mujeres adivinamos solitas muchas cosas.

ROLD. Y hacéis novelas algunas veces.

CAND. Puede que sí; puede que tú y yo tengamos aquí nuestra novela. Lo que se puede asegurar es que el desenlace que hemos pensado no es el mismo.

ROLD. Yo no he pensado ninguno.

CAND. Vamos, sí; quieres decirme, que desde que nos vimos hace tres días no te has vuelto a acordar del santo de mi nombre.

ROLD. Acordarme, sí; pero...

CAND. Pero sin interés de ninguna clase, ¿no? Pues te equivocas, hijo.

ROLD. ¿Cómo?

CAND. Que te equivocas... si crees que te creo. Jamás te interesó una mujer como yo ahora. Por mí has conseguido que no cerraran el salón, por mí no te has hecho presentar todavía a tu futuro suegro...

ROLD. Vanidosilla eres.

CAND. No lo has de ser tú solo.

ROLD. Y te has fijado demasiado en los detalles. ¿A que resulta que te importo mucho?

CAND. Eso es lo que tú quisieras saber. Pero todavía es pronto para sacarte de la duda.

ROLD. ¿Y a qué esperas? ¿A que yo te diga que estoy verdaderamente enamorado?

CAND. No a que tú me lo digas, sino a que yo lo vea. ¿Qué es lo que te sirve a ti para triunfar de las mujeres? La experiencia, ¿verdad? Pues yo tengo también mi correspondiente conocimiento del mundo, que de algo me ha de servir la vida que llevo. Podemos luchar con armas iguales, Juan Antonio.

ROLD. Eres deliciosa.

CAND. Eso me dicen todos los conocidos.

ROLD. Y el intérprete fingido, especialmente.

CAND. ¿Lo ves? Celillos tenemos. No harás conmigo lo que quieras, sino lo que a mí se me antoje.

LAUR. (Asomándose a la puerta del escenario.) Pero, niña, ¿hasta cuándo va a durar el palique?

CAND. Ya se ha acabado.

LAUR. Antes tenías mucha prisa. Vamos, anda; la ropa está dispuesta.

CAND. Sí, sí; vamos. ¡Este Juan Antonio tiene una conversación tan agradable...!

LAUR. Pues que la siga en el cuarto, si quiere. (Vase.)

ROLD. Tiene razón doña Laureana.

CAND. Eso sí que no. ¡Prohibida la entrada terminantemente! Voy a vestirme.

ROLD. Tú has dicho que no importa.

CAND. Pero me hiciste un desaire y no te lo perdono.

ROLD. ¿Nunca?

CAND. Ya te avisaré cuando te levante el castigo. Ahora, si quieres verme, al salón.

ROLD. No puede ser; tengo que despachar un asunto urgente, y me voy a la calle.

CAND. ¿Sí? Pues vas a hacerme un favor.

ROLD. ¿Cuál?

CAND. Comprar un ramito de flores y echarlo al escenario cuando cante la Petit Bibelot. A la pobre no la aplauden nunca, y te lo agradecerá mucho.

ROLD. Pues mira, me has dado una idea. Hasta otro rato, Candelitas.

CAND. Hasta cuando quieras, Juan Antonio. (Se despiden burlonamente y se marchan, Candelas al escenario y Roldán a la calle. En seguida salen por el fondo Vicenta, Fernanda, Rosario y don Manuel.)

ESCENA VIII

AGUSTÍN.—VICENTA.—ROSARIO.—DON MANUEL.—FERNANDA.

ROS. ¿Ves, mamá? Aquí se respira siquiera.

VIC. Verdaderamente ahí dentro hace un calor horrible.

D. MAN. Como está lleno... ¿Qué queréis tomar?

VIC. ¿Habrá gaseosas?

AGUST. Hay de todo.

D. MAN. Pues, gaseosas. Para mí una botellita de cerveza. (Se sientan en torno a un velador.)

VIC. Yo lo que siento es que hayamos llamado la atención o que crean que hemos querido singularizarnos.

ROS. ¿Por qué, mamá? Antes que nosotros han salido algunas personas.

VIC. Yo no he visto que se marchara nadie más que un caballero.

D. MAN. Sí, aquel joven amigo de Alfonso.

FERN. Se conoce que con ese solo se le ha figurado a Rosario que eran muchos.

ROS. ¡Qué cosas tienes! (Agustín llega en este momento a la mesa con el servicio.)

VIC. Pero ¿aquí no sirve nadie más que usted?

AGUST. Ahora, sí. Hasta ayer ha habido camareras, pero hoy las han suprimido.

VIC. ¿Hoy? Mañana las ponen, de seguro. Ya suponía yo que en la función nos estaban haciendo trampas.

ROS. En la función, no; porque hasta ahora es la misma que vimos el otro día con Albertito. ¿Verdad, Fernanda?

FERN. La misma. Y ya ven ustedes si tenía yo razón cuando les dije que no había nada más inocente.

D. MAN. Por lo menos ese hombre de la bandurria es más que candoroso. Es inaguantable. Y además toca romanzas de ópera, que me ponen los nervios de punta.

VIC. Algo más habrá. Veremos lo que falta.

D. MAN. Lo que falta en la primera parte, es la cupletista francesa y la "Reina del Garbo".

VIC. Que es la que estuvo en casa, ¿no?

ROS. Sí, la que estuvo en casa. Esa va a ser la nota discordante. A mí no me gusta.

D. MAN. Pues dicen que es la que trae la gente.

VIC. Eso dicen; y no sólo al salón, sino que llena también de visitas el escenario, que es lo más grave.

D. MAN. ¡Cá, no lo creas!

VIC. ¿Tú qué sabes?

D. MAN. Lo que se cuenta por ahí. Que toda la tertulia del interior se reduce a cuatro mozalbetes barbilampiños, estudiantes del Instituto, que quieren darse importancia de conquistadores.

ESCENA IX

DICHOS.—DON ELOY.—ALFONSO.

D. ELOY. (Saliendo por la puerta del escenario.) ¡Caramba! ¿Ustedes por aquí?

VIC. ¡Qué sorpresa! ¿verdad?

D. ELOY. Muy agradable. Creí que estarían ustedes en el salón.

VIC. Y por eso salía usted tan tranquilo. (A don Manuel.) ¿Son como Alfonsito y el señor Ubeda los estudiantes del Instituto?

D. ELOY. No entiendo.

D. MAN. Bromas de mi mujer. Estas se quejaban del calor, y hemos salido a tomar un refresco.

D. ELOY. (A Alfonso.) ¡Sí que ha sido oportunidad!

VIC. Y usted, ¿ha entrado también a refrescar en el escenario?

D. ELOY. No, no señora; he entrado por obligación. Ha sido una visita oficial; deberes del cargo.

VIC. ¿Del cargo de Presidente de la Diputación o del de Gobernador civil?

D. ELOY. Del de Gobernador, doña Vicenta. En una función como ésta, organizada por ustedes, la autoridad tiene que velar por el exacto cumplimiento del programa.

VIC. ¡Por Dios, don Eloy! ¿Por qué se ha molestado usted?

D. ELOY. No ha sido molestia, señora.

FERN. Al contrario; lo que le ha molestado ha sido encontrarnos a la salida.

D. ELOY. ¡Esta Fernandita siempre de buen humor! Pero advierto a ustedes que si no se dan prisa no van a oir los cuplés franceses.

VIC. ¡Ah!, pues yo no puedo perder eso, porque es lo que venimos a juzgar precisamente. (Se levanta don Manuel, se acerca al mostrador y paga.)

D. ELOY. No tienen nada de particular.

VIC. ¡Ah! ¿Usted los ha oído?

D. ELOY. Yo no, me fío de lo que me ha dicho don Manuel.

D. MAN. Noticias que me ha dado Alfonso. No respondo de su exactitud.

ALF. Sí, yo los conozco y creo que... (Que el último mono es el que se ahoga.)

VIC. Vamos, niñas.

ROS. Espera un momento, mamá, que estamos muertas de calor y no hemos concluído la gaseosa.

VIC. Pues no tardéis mucho. Acompáñelas usted, Alfonsito.

ALF. Con mucho gusto.

VIC. ¿Vamos, señor Ubeda? (Vanse por el foro.)

ESCENA X

FERNANDA.—ROSARIO.—ALFONSO.

ROS. ¿Anda también por ahí dentro su amigo de usted?

ALF. Andan algunos. Si usted no me dice a cuál se refiere...

ROS. Al forastero; al de Madrid que me presentó usted el otro día.

ALF. ¡Ah! ¿Juan Antonio Roldán?

ROS. Sí; así creo que me dijo usted que se llamaba.

ALF. No; no lo he visto.

ROS. Como ha salido de la sala precipitadamente, creí que estaba obligado a vigilar el programa, como don Eloy.

FERN. Lo cual, aunque fuera verdad, nos tendría sin cuidado.

ROS. Naturalmente. Era una curiosidad. (Pausa.) ¿Has visto a Albertito?

FERN. Sí; está en el centro de las butacas.

ROS. Ha tomado demasiado en serio mis instrucciones. No me ha mirado una vez siquiera.

FERN. ¿No? Habrá sido a mí entonces, porque no ha apartado la vista de nuestro palco. Lo que no ha visto el pobrecito han sido las películas.

ROS. ¿Cómo habrá podido ser eso sin que yo me entere?

FERN. Pues porque te has confundido. El que no te ha mirado ni por casualidad ha sido el amiguito de Alfonso, que era a quien tú observabas.

ROS. Fernanda, no hagas calendarios.

FERN. ¡Qué quieres, hija, tengo ese don; el de adivinar el pensamiento de las amigas!

ESCENA XI

DICHOS.—ROLDÁN.—Al fin, EUGENIO.

ROLD. Señoritas... Buenas tardes, Alfonso. (Sale por la derecha con un ramo de flores en la mano.)

FERN. El ruin de Roma.

ALF. Gracias a Dios, hombre.

ROLD. Hubiera podido ir a verte; pero ya comprenderás que después de la orden de esta señorita...

ROS. ¿Una orden mía? ¿Cuál?

ROLD. Un ruego nada más, que para mí es un mandato.

ROS. No recuerdo haberle rogado nada.

ROLD. Directamente, no; pero Alfonso me indicó que no convenía que le visitase en casa ajena, y torpe había yo de ser para no comprender en seguida que era usted quien le había sugerido la observación.

ALF. Te equivocas; yo te aseguro que ha sido cosa mía.

ROS. ¿Yo qué interés podía tener?

ROLD. El interés de alejarme.

ROS. ¿Supone usted, entonces, que le tengo por peligroso?

ROLD. Y no se equivocaría usted, porque lo soy efectivamente. Pero, ha adoptado usted el peor sistema. Estoy seguro de que en estos días ha pensado usted en mí mucho más que si me hubiera estado viendo a todas horas.

ROS. (Levantándose.) ¿Oyes, Fernanda? Estos madrileños son terribles. ¿Vamos al palco?

FERN. Cuando quieras.

ROLD. ¿Se ha ofendido usted? Lo sentiría con toda mi alma, porque no debe usted hacerme caso. La verdad es que he hablado así por despecho.

ROS. ¿Va usted a tocar otro registro?

ROLD. El que con toda sinceridad me corresponde. Comprendo que estuve impertinente y que el enojo de usted es justísimo... por eso he sido yo el que ha pensado en usted estos días, buscando el modo de obtener el perdón de mis culpas.

ROS. Y sin duda para lograrle, me iba usted a obsequiar con un ramo de flores, como cualquier dependiente de comercio.

ROLD. ¡Señorita, por Dios! Eso sería obligar a usted a dar unas explicaciones difíciles a su prometido... Este ramo no era para usted.

ROS. ¿Y sería una indiscreción preguntarle para quién era?

ROLD. En usted, y para mí, no es indiscreción nada. Las flores son para arrojarlas al tablado en honor de una artista. Plan convenido, ¿sabe usted? En estas cosas de bastidores la gloria es fingida.

ROS. ¿Se trata de la "Reina del Garbo", quizá?

ROLD. Tal pudieran ponerse las cosas, que se tratara de la "Reina del Garbo", efectivamente.

ROS. ¡Ah! Ello depende de las circunstancias... ¿Quiere usted explicarme el enigma?

ROLD. Es muy sencillo. (Continúan en voz baja.)

FERN. (Aparte a Alfonso.) ¿Sabe usted, Alfonso, que estamos en una situación un poco desairada?

ALF. No tanto como usted se figura, puesto que han de acabar por casarse.

FERN. ¿Usted cree?...

ALF. Como que mi amigo no ha venido de Madrid más que a eso.

ROS. Encuentro la explicación un poco confusa. Perdone que le diga que esa lucha de artistas no me convence.

ROLD. En cambio, yo me voy convenciendo de otra cosa.

ROS. ¿De cuál?

ROLD. De que da usted demasiada importancia a mis asuntos, lo que prueba que acaso hice una tontería al renunciar al objeto de mi viaje.

ROS. Que era el de hacerse dueño de mi corazón en un abrir y cerrar de ojos, ¿no es eso?

ROLD. Entregándola el mío en prendas, naturalmente.

ROS. Gracias por el regalo. ¿Entramos, Fernanda?

FERN. Hace un cuarto de hora que te he dicho que cuando quieras. (Aparece Eugenio en la puerta del escenario.)

EUG. Señor Roldán, con permiso.

ROLD. ¿Qué hay?

EUG. De parte de Candelas, que puede usted entrar cuando guste, que está usted perdonado.

ROLD. Y ¿le ha escogido a usted para correo?

EUG. Favores de amigos de confianza.

ROLD. Pues hágame usted a mí otro.

EUG. Usted dirá.

ROLD. El de decir a Candelitas que no puede ser, porque tengo precisión de estar en la sala.

EUG. Con no volver con la contestación viene a ser lo mismo. (Vase por la puerta del foro.)

ROS. Sea enhorabuena.

ROLD. ¿Por qué?

ROS. Por lo del perdón. Siempre es agradable el indulto, cuando se ha merecido la pena... Siga, siga su aventura, y aproveche el permiso.

ROLD. La prueba de que no hay aventura de ninguna clase, es que acompaño a ustedes al salón, si me lo permiten.

ROS. ¡Ah! Eso no. Puede usted entrar solo si quiere.

ROLD. Es verdad que estará ahí el joven de la carta. Dispense usted; he cometido otra imprudencia. (Saluda y vase.)

ALF. (Aparte a él, deteniéndole en el camino.) ¿Está al caer la boda?

ROLD. Pudiera ser, porque ha empezado a gustarme la niña. (Volviendo a saludar.) Señoritas... Hasta luego, Alfonso. (Vase foro.)

ROS. Ahora ya podemos entrar.

FERN. Ahora, menos. Va a parecer que le sigues.

ROS. Es verdad. ¿Sabe usted que su compañero de colegio tiene una manera muy extraña de conquistar corazones?

ALF. Sí, muy extraña; pero el caso es que los conquista.

ESCENA XII

FERNANDA.—ROSARIO.—ALFONSO.—CANDELAS.

CAND. (Saliendo por la puerta del escenario, vestida ya con el traje típico de las bailadoras.) Buenas tar-

des a todos... ¿No estaba el señor Roldán con ustedes?

ALF. Estaba; pero ahora mismo acaba de marcharse.

CAND. Pues ¿no le han dado el recadito de que yo le esperaba?

ROS. Sí; pero por lo visto le interesa más el espectáculo.

CAND. ¡Quiá! No, señora; le intereso yo más. Lo que hay es que sin duda quiere darse tono. ¿Han venido sus papás también a la fiesta?

ROS. Sí; hemos venido todos.

CAND. Me alegro; así se convencerá la mamá de que aquí no hay motivo de escándalo. ¿Y está Juan Antonio con ustedes?

ROS. No tiene por qué. Ni siquiera es visita de casa.

CAND. Creí; como le encontré allí el otro día...

ALF. Es amigo mío nada más. Si usted tiene algo importante que decirle, puedo entrar a avisarle.

CAND. No, no se moleste usted; no era nada.

ALF. Como salía usted en su busca y en ese traje.

CAND. Ya se conoce que no es usted parroquiano, señor Moreno. Las artistas salimos aquí con frecuencia, antes y después de ejecutar nuestro número. Hasta hay empresarios que nos lo imponen como obligación en el contrato. Son gajes del oficio.

FERN. Naturalmente, con el deber de estar amables con la concurrencia.

CAND. ¡Bah! eso no cuesta trabajo, y en cambio tiene algunas ventajas.

ROS. ¿Sí?

CAND. Entre ellas la de tratar a muchos hombres y aprender a conocerlos, que siempre es conveniente, ¿verdad?

ROS. No sé nada.

CAND. Pues, sí; es muy conveniente. Por ejemplo: ante ustedes se presentan los caballeros muy correctos, muy finos, siempre con antifaz...; yo los veo tales como son, con la cara des-

cubierta, y es muy difícil que me engañen, porque les adivino las intenciones.

ROS. A mí tampoco me engañará ninguno, porque no lo pretenderá siquiera.

CAND. ¡No se fíe usted! Los hay muy malos y muy embusteros.

ALF. Muchísimas gracias.

CAND. Digo que los hay; no que todos ustedes lo sean.

ROS. Aunque lo fuesen todos, mi dignidad me defendería.

CAND. A mí también, en último extremo. Pero, quiere decirse que si usted y yo tropezáramos a un tiempo con uno de esos pájaros de cuenta... sería yo la que le metiera en la jaula.

ROS. No puede darse el caso.

CAND. Ya lo sé; pero hablo en la suposición de que se diera. ¿No opina usted lo mismo, señor Moreno?

ALF. Yo lo que opino es que antes de ser bailadora ha sido usted catedrático de Filosofía.

CAND. Mire usted; puede que me dedique a la enseñanza cuando me retire.

FERN. Alumnos no la faltarán, porque la conversación es amenísima...; ¡como que nos hemos entretenido demasiado!

CAND. La costumbre de distraer a la concurrencia.

ESCENA XIII

DICHOS.—DON MANUEL.

D. MAN. Pero, niñas, ¿qué os pasa? Tu mamá ha llegado a alarmarse.

CAND. He tenido yo la culpa. Iban a entrar cuando yo salía, y han tenido la amabilidad de escucharme.

FERN. Y hemos aprendido muchas cosas.

D. MAN. ¿Sí, eh? (¡María Santísima, qué habrán aprendido!)

ROS. ¡Sabe mucho la señorita Candelas!

D. MAN. Bien, bien; pero no digas a mamá que ha-

béis estado de palique, porque es capaz de reunir la Junta de Damas y pedir el cierre.

ALF. (A Candelas al irse.) Si usted quiere que yo diga algo a Juan Antonio...

CAND. Nada, hombre, nada; ya vendrá él sin que yo le llame.

D. MAN. Vamos, Alfonsito.

ALF. Sí, sí; hasta después.

CAND. Señor Vallina, ¿puede usted oirme un momento?

D. MAN. Con mucho gusto. (A los otros.) Andad, voy en seguida.

ESCENA XIV

CANDELAS.—DON MANUEL.—Al fin, LAUREANA.

CAND. Es cuestión de un minuto. Como no le he visto desde que fuimos a visitarle, he querido aprovechar esta ocasión para darle las gracias.

D. MAN. No me debe usted ningún agradecimiento. El Gobernador interino fué quien accedió al ruego del empresario.

CAND. Pero como el Gobernador interino no hace más que lo que usted quiere...

D. MAN. ¿También ha llegado a sus oídos ese cuento?

CAND. Ese y los demás, don Manuel. Cuando quiera enterarse de algo que le importe venga a la tertulia de mi cuarto. Allí se sabe todo y se dice todo.

D. MAN. No por eso, sino por expresarla mi admiración, aceptaría el ofrecimiento con mucho gusto. Pero ya comprenderá usted que en mi posición...

CAND. No se le caería ninguna venera. Yo sé tratar a las personas serias con el debido respeto.

D. MAN. Eso es lo que no quisiera yo que sucediera si llegara el caso. Que se acordara usted de la respetabilidad.

CAND. ¡Ay, señor de Vallina, por Dios!, no podría menos.

D. MAN. ¿Por qué?

CAND. Porque se me vendría a la imaginación la Junta de señoras de que es usted representante... y me parecería un delito la menor confianza.

D. MAN. Tiene razón Rosario: sabe usted mucho, Candelitas. Lástima que malgaste usted su ingenio en una reunión de jovenzuelos sin substancia.

CAND. ¿Por qué?

D. MAN. Porque no la aprecian a usted en lo que vale, y porque los mozalbetes atolondrados son siempre peligrosos.

CAND. No lo crea usted. Más peligrosos son los señores mayores, con más conchas que un galápago...

LAUR. (Entrando por la puerta del escenario.) ¡Eso está bien, hija! Usté perdone, caballero. Todos buscándote por ahí dentro, y tú aquí tan tranquila.

CAND. Pero ¿es que hago falta?

LAUR. ¡Digo! A no ser que quieras que sea yo la que baile el zapateado.

CAND. ¿Ha acabado la Petit Bibelot?

LAUR. Está dando los últimos aullidos.

CAND. Puede que lo repita.

LAUR. Sería la primera vez. Anda mujer, anda.

CAND. Con su permiso, don Manuel.

D. MAN. ¡No faltaba más! La obligación es lo primero.

CAND. ¿Entrará usted a aplaudirme?

LAUR. Sí, mujer, sí; no tengas cuidado. Entra y no me quemes la sangre.

ESCENA XV

AGUSTÍN.—LAUREANA.—DON MANUEL.

D. MAN. ¡Esta chiquilla es una alhaja!

LAUR. No lo sabe usted bien. Por donde vamos se la rifan. No tiene más que un defecto.

D. MAN. ¡Imposible!

LAUR. Sí, señor, sí; tiene uno. Que es toda corazón y no comprende sus intereses. ¡Ah! Pues si

ella no fuera así, con las proporciones que ha tenido, no hace tiempo que hubiéramos dejado de andar de la ceca a la meca. Tres automóviles con una porción de caballerías tendríamos las dos a estas horas.

D. MAN. Pero eso no debe apesadumbrarla; al contrario... honra a la familia...

LAUR. ¿A qué familia?

D. MAN. A la suya; a usted.

LAUR. ¿A mí? ¡Si yo no tengo nada que ver con ella!

D. MAN. Como la llama a usted tía...

LAUR. Porque lo soy; pero de una amiga suya que me la presentó para que la acompañara. Como una muchacha sola no está bien que ande por el mundo, y lo de madre era un poco fuerte, pues... quedamos en que sería mi sobrina. Y mire usté, la quiero más que si lo fuera.

D. MAN. Lo creo, lo creo; yo también la querría mucho.

LAUR. Espérese usted, que se me figura que... (Corre a la puerta del fondo, alza un poco la cortina y observa hacia adentro.) Justo; ya ha empezado el sexteto. Si quiere usted verla el principio, entre usted en seguida.

D. MAN. Voy, voy; sentiría perderlo.

LAUR. Verá usté; hoy vamos a echar la casa por la ventana. (Entrase don Manuel por el foro. Laureana se dirige al mostrador.) Anda, Agustinillo, ponme un refresco cualquiera, que tengo la sangre encendida. ¡Voy a pasar un rato hasta que acabe esa criatura!...

AGUST. Pierda usted cuidao; gustará como siempre. ¿Qué refresco quiere usted?

LAUR. ¿Tenéis Cazalla?

AGUST. Sí, señora.

LAUR. Pues ponme una copita de las grandes. Todas las veces me pasa lo mismo. En cuanto hay un debut o una fiesta de campanillas como la de esta tarde me pongo más nerviosa... (Bebe un sorbito. Sale Bernabé por la puerta del foro.)

ESCENA XVI

LAUREANA.—AGUSTÍN.— BERNABÉ.— Al fin, ALFONSO

BERN. (Acercándose al mostrador.) Buenas tardes, señora.

LAUR. Muy buenas, guardia.

BERN. (A Agustín.) Dame otra de ojén.

AGUST. ¿Qué es eso? ¿Se ha vuelto usted a afectar?

BERN. No, hombre. Es que lo que va ahora... ¡pa el gato!

LAUR. ¿Qué dice usted?

BERN. Me parece que no hablo en latín. He dicho que "pa el gato„. A mí deme usted películas cómicas, deme usted coplas picarescas, deme usted juegos de manos... en fin, género fino; pero no me dé usted castañuelas y zapatazos, porque eso es de taberna.

LAUR. ¡Ya! ¡Ya se ve que tiene usted el gusto en los tacones!

BERN. ¡Señora! Si no estuviéramos tomando unas copas juntos, ya la diría yo a usted cuatro cosas bien dichas.

LAUR. No lo deje usted por eso.

BERN. Pero con dos basta y sobra. Una, que el bailecito, en general, me revienta. Dos, que esa niña, particularmente, me saca de quicio.

LAUR. ¿Esa niña? Hombre, si no fuera usted autoridad, no salía de aquí con la dentadura... Quítese usted el uniforme y hablaremos.

BERN. No acostumbro a quedarme en paños menores delante de la gente. Y no se atufe usted tan pronto, que una copita de anís no es para tanto.

AGUST. Es que la que baila es sobrina de aquí.

LAUR. Y a mucha honra.

BERN. ¡Ah!, ¿es sobrina de usted? Pues ¿qué le vamos a hacer?, lo dicho, está dicho. Y eso no quita para que, como mujer, me parezca enteramente un cromo.

LAUR. ¡Vaya por Dios! ¡Poco orgullosa que se va ella a poner cuando lo sepa!

ALF. (Saliendo precipitadamente por el foro.) ¡Guardia, pronto, haga usted el favor!

BERN. ¿Pasa algo?

ALF. ¡Que venga usted corriendo, hombre! (Vase. Bernabé le sigue.)

LAUR. ¿Qué será?

AGUST. Algún alboroto, alguna riña.

LAUR. ¡Y cantando ella! Eso lo han hecho adrede. (Medio mutis.)

AGUST. No entre usté por si acaso, que lo va usté a echar a perder.

LAUR. ¡Ah!, que salen.

ESCENA XVII

LAUREANA.—AGUSTÍN.—DON MANUEL.—ALFONSO.
VICENTA.—FERNANDA.—ROSARIO.

VIC. ¡Jesús, qué escándalo! Siéntate aquí, hija... Alfonsito, vea usted si ha venido el coche.

ROS. No, no es preciso; ya se me va pasando.

LAUR. ¿Es que le ha dado algún mareo a esta señorita?... (¡Menos mal, yo creí que era otra cosa!)

FERN. Nervioso, ha sido nervioso... Si hubiera un poco de tila...

D. MAN. ¿Tienen ustedes tila?

AGUST. No, señor.

VIC. Pues te. Prepare usted una taza de te. Eso te sentará bien, ¿verdad?

ROS. No necesito nada, no; con el aire me basta. Es que entre la impresión de la disputa y el calor no sé qué me ha pasado, que...

LAUR. Pero ¿ha habido alguna disputa?

D. MAN. Un pequeño incidente. Que un espectador ha echado al escenario un ramo de flores cuando bailaba su... vamos, su sobrina de usted; otro espectador que estaba detrás le ha dicho algo con ese motivo, y el primero ha contestado con una bofetada al segundo. Total, nada.

VIC. ¿Cómo nada? Lo que se conoce que pasa

aqui todos los días. La culpa la hemos tenido nosotros por ser benévolos.

LAUR. Pero ¿no se sabe quiénes han sido los de la bronca?

D. MAN. El del ramo ha sido ese joven de Madrid amigo de Alfonso.

LAUR. ¡Cómo! ¿Juan Antonio?

FERN. Juan Antonio, que se conoce que se ha entusiasmado de repente.

VIC. ¿No se había de entusiasmar, si la bailadora, desde que salió, no ha dejado de hacerle guiños y muecas?

D. MAN. Y el que ha recibido la bofetada me parece que es uno de la compañía; ese que va a todas partes con el empresario.

LAUR. ¡Eugenio! ¡Si ya me chocaba a mí que no metiera ése la pata!

AGUST. Aquí está el te.

ROS. No lo necesito; estoy mucho mejor.

VIC. Toma unas cucharaditas, sin embargo... ¡Claro! La pobre se ha asustado con la riña.

FERN. Yo creo que lo que le ha hecho más impresión, ha sido lo del ramo; ¿verdad, Rosarito?

ROS. ¡Dices unas cosas!

LAUR. Se figuraría que lo que caía en el escenario era una bomba.

FERN. ¡Claro! Y como el que la tiraba era Juan Antonio...

D. MAN. Qué bien podía haber respondido al otro de buena manera en vez de darle el puñetazo.

ALF. No lo habrá podido remediar. Ha sido pendenciero siempre.

VIC Pues diga usted que no tiene el diablo por dónde desecharle. .

ESCENA XVIII

DICHOS. — ROLDÁN.

ROLD. Por lo visto era verdad que esta señorita se había puesto enferma.

VIC. Sí, señor; era verdad.

ROLD. ¡Cuánto siento que por mi causa...! Afortu-

nadamente, parece que no es cosa de cuidado.

ROS. No lo ha sido nunca. Un ligero mareo... la atmósfera cargada...

VIC. Y por algo decía yo que estos espectáculos no se han hecho para las personas decentes. Hemos tenido un momento de debilidad, de que nos arrepentimos... ¿Verdad, Manuel?

D MAN. Sí, señor; nos arrepentimos.

LAUR. ¡Pues sí que nos ha hecho usted un pequeño favor a última hora!

ROLD. Cállese usted, doña Laureana; que el novio, o lo que sea, de su sobrinita de usted, es el que ha tenido la culpa.

LAUR. ¡Cómo que o lo que sea! ¿Salimos con pullitas ahora?

ROLD. No salimos con nada. Se ha puesto insolente y yo no tolero insolencias de nadie. Y perdonen ustedes todos; he tenido un momento de arrebato, que no he sabido reprimir.

VIC. ¡Ya, ya sabemos que los señoritos de Madrid se divierten así en estos salones!

ROLD. Puede que tenga usted razón, señora. Y usted, señorita, crea que deploro muy sinceramente haberla ocasionado un disgusto.

ROS. ¿A mí? Ninguno, puesto que comprendo y disculpo lo que ha pasado.

ROLD. ¿De veras?

ROS. La gente dice que los celos no razonan.

ROLD. ¡Los celos! ¿de quién?

ROS. Del otro; del que se molestó porque echase usted las flores a la bailadora.

ROLD. ¡Ah! pero, ¿es que usted ha creído?...

LAUR. Ha creído la verdad, ¿a qué vamos a andar con pamemas? Ese Eugenio no nos deja vivir; no es la primera vez que lo hace, ni será la última.

ESCENA XIX

DICHOS.—DON ELOY.—EUGENIO.—BERNABÉ.—Al fin, AMBROSIO.

D. ELOY. ¡Pues no faltaba más! No sólo no puedo usted seguir en el salón, sino que queda usted detenido desde ahora. Guardia, hágase usted cargo de ese hombre.

EUG. Pero ¿qué va a ser esto? ¿Es que no hay justicia?

ROS. ¡Ay, vámonos, mamá!

VIC. Sí, es lo mejor.

LAUR. Señor Gobernador, si usted quiere, yo me encargo de dar lo suyo al sujeto ése.

EUG. ¿Usted a mi?

D. ELOY. ¡Silencio!

EUG. ¡Pero, si es que no he hecho nada de particular! Decirle a ese caballero que no me daba la gana de que se distinguiera aquí con nadie! Y eso ¿es un delito? Sobre todo, si ha habido escándalo, la culpa no fué sólo mía. ¿Por qué he de pagar yo solo la pena?

D. MAN. En eso tiene razón este hombre.

ROLD. La tiene, y yo debo quedar también detenido.

D. ELOY. Guardia, ya lo oye usted.

ALF. Un momento, don Eloy; eso es imposible. Y perdonen ustedes que me atreva a...

D. ELOY. ¿Por qué es imposible?

ALF. Porque mi amigo Juan Antonio... vamos, que no puede ser... ¡que vendría un conflicto!

ROLD. ¡Alfonso!

D. MAN. ¿Qué? ¿un conflicto?

ALF. Sí, don Manuel, señor Ubeda... El señor don Juan Antonio Roldán es... es el Marqués de San Casiano.

ROS. ¿Eh?

VIC. ¡El Marquesito de San Casiano!

LAUR. ¡Anda con Dios! Pero ¿no lo sabían ustedes?

D. ELOY. Señor Moreno, la ocasión no me parece oportuna para bromear.

ROLD. No bromea. Soy el Marqués de San Casiano efectivamente, y mañana pensaba presentarme a ustedes como tal.

D. ELOY. Pero, entonces... ¡Caramba! es usted, digo, es vuecencia el gobernador de la provincia.

ROLD. No, señor; porque no lo he anunciado oficialmente ni he tomado posesión todavía.

D. ELOY. De todas maneras... (Siguen en voz baja.)

AMBR. (Saliendo del escenario.) Pickwit stand ring seccion billr.

D. ELOY. ¡Qué dice usted, hombre de Dios!

ROLD. Señor Ambrosio, ¡como vuelva usted a hablar en inglés, le meto en la cárcel!

AMBR. ¿A mí? ¿Usted? ¡Habrá que verlo!

LAUR. ¡Cállese usted, hombre, que ahora resulta que es el Gobernador!

AMBR. ¡Skoking!

LAUR. No hay smokin que valga.

AMBR. Quería decir a estos señores que va a empezar la segunda parte.

ROLD. Bueno, que empiece. ¡La veremos todos, para evitar comentarios! (A Rosario.) Señorita, Juan Antonio Roldán la pide perdón por sus impertinencias, y el Gobernador civil tiene el honor de ofrecerla el brazo. (Rosario, después de un momento de vacilación, acepta. Empieza lentamente el desfile hacia la puerta del foro.) Alfonso levanta la cortina para facilitar la entrada.

EUG. ¡Me alegro! Se ha caído Candelas.

LAUR. ¡Qué tontos sois los hombres! ¡Ahora le tiene más sujeto que nunca! Dame otra copa, Agustinillo.

AMBR. ¡Era el Gobernador!... y ha cenado anoche en un gabinete de arriba... ¡Estamos perdidos!

TELÓN

ACTO TERCERO

Despacho del Gobernador. A la derecha, en primer término, mampara grande; en segundo puerta. A la izquierda, dos puertas. En el telón de fondo, dos grandes ventanales que dan sobre un jardín. Entre ellos, la mesa.

ESCENA PRIMERA

ALFONSO.—VICENTA.

(Alfonso escribe. A poco de alzarse el telón entra Vicenta por la primera izquierda.)

VIC. ¿Está usted solo, Alfonsito?

ALF. Ya lo ve usted, doña Vicenta, solo.

VIC. ¿Es largo eso?

ALF. Escribir dos sobres, y estoy en el segundo.

VIC. Pues acabe usted. (Pausa. Sigue escribiendo Alfonso. Doña Vicenta husmea por todas partes y registra los papeles.)

ALF. Ya está.

VIC. ¿Qué cartas son esas?

ALF. ¡Por Dios, doña Vicenta! Tengo que respetar el secreto de las comunicaciones oficiales.

VIC. ¡Ay, señor de Moreno! Desde que es usted Secretario particular del Gobernador, se da usted una importancia... Pero le advierto a usted que para los Vélez Vallina no ha habido aquí secretos nunca.

ALF. Como no me ha avisado el jefe...

VIC. ¡El jefe, el jefe! Usted no tiene más jefe que mi marido, que es quien le ha colocado a usted en la secretaría.

ALF. Y yo se lo agradezco mucho, pero comprenda usted que mi situación es difícil...

VIC. Sí que le ha dado a usted a última hora por los remilgos.

ALF. Aparte de eso, no hay inconveniente en que usted sepa de lo que se trata, porque no es reservado. Uno de estos oficios va dirigido al Administrador de la Inclusa.

VIC. Un protegido nuestro.

ALF. Se le ordena que se ponga a la disposición de un inspector gubernativo que ya está nombrado. Parece que hay allí gazapos de importancia.

VIC. Eso no puede ser.

ALF. ¿Que haya gazapos?

VIC. Que se meta nadie con el Administrader sin permiso nuestro. Y lo otro ¿qué es? ¿Otra barbaridad por el estilo?

ALF. Lo otro es un oficio para el empresario del Kursaal Antillano, suspendiendo las funciones desde mañana.

VIC. ¡Cómo! ¿Sin que yo lo pida? ¿Dónde está su amigo de usted?

ALF. ¿Qué amigo?

VIC. ¿Cuál ha de ser? Juan Antonio.

ALF. ¡Ah! el Gobernador.

VIC. ¡Juan Antonio! Yo no puedo acostumbrarme a llamar Gobernador a semejante títere.

ALF. ¡Doña Vicenta!, que vamos a tener que procesarla a usted por desacato. Pues... Juan Antonio tiene una conferencia telegráfica con el Ministro.

VIC. ¿Pedida por él?

ALF. Pedida por el Ministro. (Hace sonar el timbre.

VIC. Para darle un disgusto seguramente. Eso es que el Presidente del Consejo ha recibido nuestra carta.

ALF. (Al portero, que sale.) Que lleven esto en seguida a su destino. (Le da las dos cartas y se va el portero.) Es posible que la conferencia sea larga; si usted no quiere esperar yo le diré...

VIC. No; tengo que hablarle yo precisamente.

ALF. ¿Ocurre algo?

VIC. Ocurre que siempre se ha tenido mucho

cuidado con las invitaciones para presenciar desde el Gobierno civil la procesión del Corpus, y hoy... entre usted en los salones y verá cómo está aquello. ¡Todo el zurriburri, Alfonsito, lo que se dice el zurriburri!

ALF. ¿De veras?

VIC. Con decirle a usted que han venido las de Fonseca y las de Lozano...

ALF. Sí, ya lo sé. Las he enviado yo las papeletas.

VIC. Pues las de Lozano todavía pudieran pasar, pero las de Fonseca es imposible. ¡Qué niña y qué madre! Todas las señoras estamos avergonzadas.

ALF. Lo creo, pero le advierto a usted que eso no ha sido cosa del Gobernador.

VIC. Pues ¿de quién entonces?

ALF. De don Eloy. Como Juan Antonio no conoce la población, le suplicó que hiciese la lista.

VIC. ¿Qué me cuenta usted? ¿Y ha sido el Presidente de la Diputación quien...?

ALF. Naturalmente; pero usted no sabía que don Eloy y las de Fonseca...

VIC. ¡Jesús, María y José! ¿Con la madre?

ALF. No, señora, no; con la niña.

VIC. ¡Pero esto está podrido! ¿Ve usted, Alfonsito? ¡La influencia del Kursaal Antillano!

ESCENA II

DICHOS.—DON MANUEL.

D. MAN. (Entrando por la primera derecha.) Buenos días, Alfonso.

ALF. A sus órdenes, don Manuel.

D. MAN. ¿Qué pasa para que estés tú aquí? ¿No vas a tomar sitio en los balcones?

VIC. No tengo interés. He venido a dar una queja al gobernadorcito este.

D. MAN. ¡Qué casualidad! Yo también vengo a quejarme. ¿Está allá dentro recibiendo a la gente?

ALF. No, señor; está en el telégrafo. Si yo puedo servirle...

D. MAN. Es verdad que usted, como secretario particular, es probable que esté enterado. Acabo de recibir este despacho del Alcalde de Torre del Olmo... A ver si sabe usted qué significa eso. (Se lo entrega.)

ALF. (Leyendo.) "Destituído telegráficamente. ¿Qué pasa?"

D. MAN. Eso pregunto yo. ¿Qué pasa?

ALF. Pues que, efectivamente, hemos destituído al Alcalde de Torre del Olmo, y... otra cosa más que el interesado no sabe todavía; hemos dado el correspondiente parte al Juzgado para que le empapele.

D. MAN. ¡Pero eso es una arbitrariedad!

VIC. ¡Una polacada!

ALF. Parece que el hombre se ha comido una dehesa comunal y la mitad de los pósitos.

D. MAN. ¿Y eso qué importa? ¿Sabe usted los votos que representa ese Alcalde? ¡Más de trescientos!

VIC. Y trescientos votos bien valen una dehesa...

D. MAN. Además, ¿sabes a quién ha dejado cesantes? Al sobrino del ama de Rosario y al hermano de la peinadora.

VIC. ¡Cómo! ¿A Ramoncito?

D. MAN. ¡Justo! A Ramoncito.

ALF. Pero es que ha resultado que no habían venido jamás a la oficina.

D. MAN. Para eso les había colocado yo en esta casa. Para venir todos los dias no necesitaban recomendación de ninguna clase.

VIC. Naturalmente. Pues todavía no sabes lo mejor. Dígale usted lo de la Inclusa.

D. MAN. ¿Qué es lo de la Inclusa?

ALF. Nada; una inspección gubernativa.

D. MAN. ¿Contra el Administrador? ¡Hombre! Eso sí que no lo paso.

VIC. Ni eso ni nada. No se pueden hacer más atrocidades en cuarenta y ocho horas. ¿Dónde he oído yo lo del caballo loco en una cacharrería?

ALF. Es una frase célebre de un político.

VIC. Pues le viene pintiparada a su amigo de usted. ¡Es un caballo loco!

D. MAN. Y la culpa no la tiene él, sino quien le metió entre los cacharros.

VIC. Justo; el Ministro. Ya te decía yo que se había burlado de nosotros.

D. MAN. Pero va a durar poco la burla. Hoy mismo escribiré otra vez, y no ya con advertencias ni ruegos. Las cosas claras. O el Gobierno le traslada al momento, o pierde la provincia. Por de pronto, creo que no debemos entendernos con él para nada.

VIC. Eso había yo pensado. Vamos a ver la procesión como si tal cosa, aunque sea con las de Fonseca. Y a él ni palabra, por supuesto.

D. MAN. Al contrario, muy amables, muy cariñosos... Ya lo sabe usted, Alfonsito; ni nos ha visto usted siquiera.

ALF. Descuiden ustedes.

D. MAN. (Yéndose hacia la izquierda.) Y... ¿dices que están las de Fonseca?

VIC. Y las de Lozano. ¡Si no le ha faltado más que invitar a las cupletistas!

D. MAN. Mira, eso no hubiera sido ningún disparate.

VIC. ¡Manuel!

D. MAN. Entiende por lo que lo digo... (Vanse por la primera izquierda. Casi al mismo tiempo sale Roldán por la segunda derecha.)

ESCENA III

ALFONSO.—ROLDÁN.

ROLD. ¿Con quién estabas?

ALF. Con tus futuros suegros.

ROLD. Que se quejaban de algo, ¿verdad?

ALF. Hechos unas furias. ¿Qué te quería el Ministro?

ROLD. Nada; ha sido una conferencia particular, casi amistosa. Dice que qué diablos estoy haciendo aquí para soliviantar a las fuerzas vivas.

ALF. ¡Tiene gracia lo de las fuerzas vivas!

ROLD. Yo le he contestado que cuando me nombraron Gobernador no creí que fuera para que me gobernara nadie. Y a propósito, ¿anda por ahí el Presidente de la Diputación?

ALF. Hace una hora.

ROLD. Pues búscale y dile que le espero.

ALF. Voy allá.

ROLD. Sin prisa, ¿eh? Cuando pueda buenamente.

ALF. Bien, bien; está entendido. (Vase primera izquierda.)

ESCENA IV

ROLDÁN.—LAUREANA.—EL PORTERO.

LAUR. (Dentro.) ¡Pues no faltaba más, hombre! (Se abre la mampara y entra en escena. Tras ella viene el portero.) Buenos días, Juan Antonio.

ROLD. ¿Eh; qué es esto? ¿Por qué dejan ustedes entrar aquí a nadie sin mi permiso?

PORT. Perdone vuecencia, pero... esta señora trae una invitación de vuecencia.

ROLD. ¡Cómo! ¿Una invitación mía?

LAUR. Del Marqués de San Casiano. ¿Quiere usted verla?

ROLD. Está bien. (Al portero.) Puede usted retirarse... (Vase el portero.)

LAUR. ¡Ay, hijo! ¡Pues no andamos con pocos requilorios!

ROLD. Vamos a ver, ¿quién le ha dicho a usted que venga?

LAUR. Ya lo ha dicho el portero, usted.

ROLD. Vuecencia.

LAUR. ¿Eh?

ROLD. Que tengo tratamiento y no la he autorizado a usted para que lo suprima.

LAUR. ¡Qué gracioso! Usted seguirá siendo zaragatero aunque le hagan Obispo.

ROLD. ¡Aquí no hay zaragata ni chiste, señora! Estoy hablando en serio.

LAUR. ¡Ah! pero ¿lo del tratamiento es de veras?

ROLD. De veras.

LAUR. Pues, dispénseme vuecencia, señor Marqués; pero por mí no ha de quedar. ¡Puede que crea usía que yo no sé tratar a la gente de viso! ¡Hasta archipámpanos de Sevilla he tenido yo en mi casa!

ROLD. No estoy para perder el tiempo.

LAUR. Ni yo tampoco.

ROLD. ¿Qué quería usted?

LAUR. ¿Cómo que qué quería? Entrar a ver la procesión con todo el señorío.

ROLD. ¿Usted?

LAUR. La hija de mi madre.

ROLD. No puede ser.

LAUR. ¡No ha de poder ser, si traigo una tarjeta de su ilustrísima?

ROLD. ¿Quién se la ha dado a usted?

LAUR. Un señor que creo que es de la curia y va mucho al cuarto de Candelitas. El hombre se ofreció a servirnos sin que nadie se lo pidiera y ¡qué íbamos a hacer nosotras! Se conoce que es persona influyente, porque en cuanto las necesita le mandan invitaciones en blanco.

ROLD. Y... ¿va a venir su sobrina también?

LAUR. Esa no sé lo que hará, porque es muy fantástica.

ROLD. No vendrá; tiene más talento que usted.

LAUR. Por sabido se calla. Pero ¿qué quiere decir su eminencia con eso?

ROLD. Que ha comprendido que no la dejarían pasar.

LAUR. No sé por qué, viniendo conmigo.

ROLD. Porque a usted no la dejan pasar tampoco.

LAUR. ¡Ah! pero ¿va con formalidad? Pues, hijo, ¡no se ha crecido poco vuestra alteza serenísima con el cargo nuevo! (Roldán hace sonar el timbre.) ¿Qué quiere decir el timbrecito ése?

ROLD. Ahora lo verá usted.

LAUR. No; si me lo figuro. Quiere decir que yo no puedo asomarme a un balcón como la primera.

ROLD. (Al portero que sale.) Acompañe usted a esa

señora y no la abandone hasta dejarla en la calle.

LAUR. Gracias, no necesito ayo. Me iré yo sola; pero volveré en seguida con la niña y nos veremos... (Aparece don Eloy en la primera izquierda.)

ROLD. No nos veremos.

LAUR. ¿Que no? ¡Qué buen humor tiene este Juan Antonio! (Al portero.) Guía, esclavo. (A Roldán.) A los reales pies de vuestra majestad. ¡Toma tratamiento! (Vase con el portero.)

ESCENA V

ROLDÁN.—DON ELOY.

ROLD. ¿Estaba usted ahí?

D. ELOY. Esperando mi turno. Me ha dicho el secretario que usted me esperaba.

ROLD. Para hacerle una consulta. Estoy ahora mismo en el caso de tomar una determinación que puede ser grave, y necesito su consejo.

D. ELOY. Estoy a sus órdenes.

ROLD. El asunto es el siguiente: Yo he hecho pocas cosas, porque tampoco he tenido tiempo de hacer muchas; pero las pocas que he hecho han originado algunas protestas que no se han dirigido a mí, sino al Ministerio, colocándome en una situación difícil.

D. ELOY. ¿Ya?

ROLD. Sí, señor; ya. Y aquí de mis dudas; porque tengo dos caminos: el de rectificar mi conducta contemporizando con todo el mundo, y el de hacer un escarmiento con los protestantes.

D. ELOY. Dispense usted que le interrumpa; pero esa última solución me parece un poco expuesta.

ROLD. Claro que lo es.

D. ELOY. Y difícil de llevar a la práctica.

ROLD. No lo crea usted, señor Ubeda; hay muchos resortes. Puedo pedir al Ministerio los datos necesarios, y abrir una causa por desacato,

que siempre es fastidiosa... Por de pronto, se me había ocurrido meterlos en la cárcel.

D. ELOY. ¿En la cárcel? ¡Usted bromea! Legalmente eso es imposible.

ROLD. ¿Por qué? Una quincena por blasfemo se le puede aplicar a cualquiera.

D. ELOY. Pero eso sería un escándalo.

ROLD. Por la calidad de las personas, sí. Pero no ha sido eso lo que me ha detenido, sino la amistad que me une con ellas.

D. ELOY. ¡Ah! Pero se trata de...

ROLD. Sí, señor; se trata del señor Vélez Vallina, que ha escrito una carta fuerte al Ministro, y de usted, que le ha escrito dos.

D. ELOY. Señor Gobernador, yo no he hecho más que cumplir con mi deber haciendo al Gobierno algunas observaciones...

ROLD. Ya; ya conozco las observaciones, y a eso obedece mi consulta.

D. ELOY. Comprenderá usted...

ROLD. No; no necesito ahora mismo el informe. Estudie bien la situación y dentro de dos o tres días me dice usted lo que debo hacer a su juicio...

D. ELOY. Puedo contestar en este momento.

ROLD. Pero no hace falta. La resolución requiere tranquilidad de espíritu y con esto de la procesión y los invitados ni usted ni yo estamos para nada.

ESCENA VI

DICHOS.—CANDELAS.

CAND. (En la primera derecha.) ¿Da vuecencia permiso?

ROLD. ¡Candelas! Adelante.

D. ELOY. Voy a seguir representándole, si usted no se opone. La procesión debe de estar para llegar.

ROLD. Sin embargo, yo le suplico a usted que se quede.

CAND. Y yo también se lo suplico. Lo que tengo que hablar con el señor Gobernador no es reservado. Al contrario, celebro que esté presente una persona de respeto para que apoye mis pretensiones.

D. ELOY. Salvo lo del respeto, con mucho gusto.

ROLD. Y yo sentiré mucho desairar a ustedes, pero sé de qué se trata, y no va a ser posible.

CAND. Me parece que se ha equivocado vuecencia.

ROLD. Sin tratamiento.

CAND. No va a poder ser, porque vengo a hablar con el Gobernador. Es visita oficial, como si dijéramos.

ROLD. Como usted quiera.

CAND. ¿Por qué creía vuecencia que tenía que hacerme un desaire?

ROLD. Porque trae usted una invitación para entrar a ver la procesión desde los balcones del Gobierno, ¿no es verdad?

CAND. Ya decía yo que vuecencia no estaba en lo firme.

D. ELOY. ¿No la trae usted? ¡Qué lástima!

CAND. La traigo, pero no he pensado utilizarla de ningún modo.

ROLD. ¡Ya decía yo que tenía usted mucho talento!

CAND. No lo dice vuecencia solo.

D. ELOY. Porque yo opino lo mismo exactamente.

CAND. Muchísimas gracias a los dos. El objeto de mi visita es más importante. Acabo de firmar un contrato magnífico para Barcelona.

ROLD. ¿Sí? Que sea enhorabuena.

D. ELOY. ¡Cómo! pero ¿va usted a abandonarnos tan pronto?

CAND. Contra mi voluntad, porque estoy muy contenta de este público; pero... las cosas son las cosas, y no puedo seguir un día más formando parte de la compañía.

ROLD. ¿Por qué causa?

CAND. Por causa de un hombre que se ha llegado a figurar lo que no es y me persigue y me atosiga.

ROLD. ¿El intérprete?

CAND. El intérprete, o representante, o secretario, o

lo que sea. Siempre ha sido un poco posma.., esa es la verdad; pero de algunos días a esta parte se ha propuesto hacerme la vida imposible... Súplicas, amenazas..., ¡una persecución de todos los minutos!... sobre todo desde el incidente aquél que recordará el señor Gobernador.

ROLD. ¿Cuál?

CAND. La bofetada de Juan Antonio.

ROLD. ¡Ah, sí! fué buena.

CAND. En resumidas cuentas, que no le puedo aguantar y me marcho. Como mi contrato no ha vencido todavía, y el empresario querrá detenerme .. por eso vengo a pedir el amparo de vuecencia y el apoyo de usted, que no sé si también es vuecencia.

D. ELOY. Suponga usted que no.

ROLD. Pero ¿de veras es por huir de ese hombre por lo que te marchas?

CAND. Sin tuteo. Es visita oficial.

ROLD. Bien; ¿no es más que por eso?

CAND. Por eso y por alguna otra cosilla.

D. ELOY. Que indudablemente es reservada.

CAND. No, señor; todo puede decirse. La otra cosilla es... que se me ha antojado imitar al señor Gobernador.

ROLD. ¿A mí?

CAND. A vuecencia antes de tener postín. ¿Qué hacía el Marquesito de San Casiano cuando empezaba a interesarle de veras una mujer? Apelar a la fuga antes que el mal no tuviese remedio.

ROLD. ¿Y está usted en ese caso?

CAND. Enteramente en el mismo. He comprendido que me interesaba demasiado un hombre, y busco la salvación en la ausencia.

D. ELOY. ¡Feliz mortal el elegido!

CAND. O desdichado, si no ha sabido verlo... ¿Con que cuento con el apoyo de la autoridad, señor Gobernador?

ROLD. No es preciso. El contrato de usted no regirá desde mañana.

CAND. ¿Por qué?

ROLD. Porque el Kursaal Antillano se cierra. Ya debe haber recibido el empresario la orden.

D. ELOY. ¡Cómo! pero ¿es que usted?...

ROLD. Yo, que soy quien puede. Y sin que lo pida la Junta de Damas.

CAND. ¡Ay qué alegría! Pues si lo sé, no hubiera venido a molestarle. Voy a avisar a mi tía para que lo disponga todo. Ya lo saben ustedes: en Barcelona y con un contrato magnífico. Perdonen ustedes la incomodidad, y hasta la vista.

ROLD. Buen viaje y buena suerte.

D. ELOY. La suerte es la de los catalanes, que se la llevan.

CAND. Usted siempre tan galante. Señores... (Saluda y abre la mampara para irse, pero vuelve a cerrarla rápidamente.) ¡Ay!

ROLD. ¿Qué es eso?

CAND. Que están ahí.

ROLD. ¿Quiénes?

CAND. Ellos. El empresario... y el otro.

ROLD. ¿El otro también? Sal por aquí. (Segunda izquierda.) Al final de este pasillo hay una escalera que conduce al patio.

CAND. Que es por donde entran las visitas que no son oficiales, ¿verdad?

ROLD. No sé; no he recibido ninguna.

CAND. Pero, bueno es saberlo. Gracias, Juan Antonio.

ROLD. No hay de qué, Candelas. (Vase Candelas.) Don Eloy, con su permiso voy a terminar este asunto.

D. ELOY. ¿Y el nuestro?

ROLD. Ya he dicho a usted que no corre prisa. Medite, estudie y siga haciendo los honores.

D. ELOY. Como usted quiera. Tiene razón doña Vicenta... Hay que echarle inmediatamente. (Vase don Eloy por la primera izquierda. Roldán hace sonar el timbre y sale el portero.)

ESCENA VII

ROLDÁN.—EL PORTERO.—Luego, ROSARIO.—FERNANDA.

ROLD. ¿Hay alguien esperando?

PORT. Sí, señor; no he pasado aviso porque como estaba ocupado vuecencia...

ROLD. ¡Pues no recibo a nadie! (Vase el portero. Salen Rosario y Fernanda.)

ROS. Señor Gobernador, ¿se puede?

ROLD. Sí, sí; ustedes sí. No faltaba más. Pasen ustedes. ¿A qué debo el honor?...

ROS. A que usted no ha estado en su puesto, y he tenido que separarme de la reunión para pedir una audiencia.

ROLD. ¿Al Gobernador o al amigo?

ROS. A los dos en una sola persona.

ROLD. Ya oigo con toda la atención que usted merece.

ROS. Toda es poca. Supongo que ha leído usted *La Crónica Mercantil* de ayer.

ROLD. Supone usted mal; no la he leído.

ROS. Creí que un Gobernador tenía el deber de enterarse de lo que dicen los periódicos de la capital en que ejerce el mando.

ROLD. Así será, pero como soy nuevo... no estoy todavía al tanto de todos mis deberes. ¿Es que *La Crónica Mercantil* de ayer tiene algo que me importa?

ROS. Que nos importa a los dos y que es preciso esclarecer en seguida.

ROLD. Excita usted mi curiosidad; voy a pedir el número ahora mismo.

ROS. No hace falta, puesto que desgraciadamente conozco el asunto demasiado. Se trata de un artículo de columna y media en primera plana que me han enviado señalado con lápiz rojo.

FERN. Y que ha sido Albertito, seguramente.

ROLD. Albertito es su prometido, ¿verdad? Entonces es cuestión íntima.

ROS. Juzgue usted. El articulista supone que a una provincia de un país imaginario llega un

Gobernador que no se parece a ninguno, puesto que no le envía el Ministro para ejercer autoridad, sino para que se case, si puede, con una rica heredera.

ROLD. Es curioso, ¿y qué más?

ROS. Que al llegar a su ínsula (A Fernanda.) —ínsula dice, ¿no?—, se encuentra con que su misión va a ser difícil, porque la chica, que es muy mona, tiene ya novio. Y de ahí arranca la novela.

ROLD. Que será interesante, sin duda.

ROS. Para el público, sí; a estas horas, todo el mundo la estará saboreando con delicia.

ROLD. ¿Y el desenlace? ¿Cómo es el desenlace?

ROS. No le hay. El periodista concluye diciendo: "¿Qué pasará?", y pone debajo dos líneas de puntos suspensivos. Me parece que la alusión está clara.

FERN. Tan clara que, por fortuna, el único que no se ha enterado es el señor Vallina, si no sería él quien viniera a pedirle a usted explicaciones.

ROLD. ¿A mí? ¿Por qué? Al periodista si acaso. (A Rosario.) De modo que usted supone que somos nosotros los protagonistas.

ROS. ¿Para qué vamos a engañarnos? Lo supone cualquiera.

ROLD. Muy bien, y ¿qué quiere usted que yo le haga?

ROS. Usted tiene medios para obligar al periódico a que rectifique.

ROLD. ¿Cómo? ¡Diciendo que no se refiere a nosotros! Eso tiene dos inconvenientes: Uno, el de dar a entender que nos consideramos aludidos, y otro, el de cargar mi conciencia con una mentira.

ROS. ¿Qué quiere usted decir?

ROLD. Que la novela de *La Crónica Mercantil* es una historia, y todo lo que cuenta es absolutamente cierto, sobre todo lo de que la chica es muy mona.

ROS. ¡Cómo!, pero ¿es verdad que usted...?

ROLD. Vine de Madrid exclusivamente a enamorar-

la, y tuve el honor de confesárselo noblemente en nuestra primera entrevista. ¿No se acuerda usted?

ROS. Sí, pero lo consideré broma siempre, porque no podía imaginarme que hubiera un hombre tan...

ROLD. Cínico. Iba usted a decir cínico. Pues no, señorita; yo, que soy bueno y leal en el fondo, comprendí por la primera impresión que no era digno de usted, y en el acto resolví no cumplir el encargo. También se lo dije así, ¿no es verdad?

ROS. Verdad es.

ROLD. Pues ya ve usted cómo el cinismo fué franqueza. El matrimonio que me aconsejaban era cuestión política, razón de estado, como si dijéramos, y yo tengo el corazón demasiado grande para hacerla a usted desgraciada por conveniencia personal o por interés de partido.

ROS. Muchísimas gracias; pero en toda esa explicación prescinde usted de mi voluntad en absoluto. ¿Tan acostumbrado está usted a vencer, que también ahora lo daba usted por cierto sin consultarme siquiera?

ROLD. Dios me libre, pero créame usted cuanto la diga, porque en materias de amor usted no tiene autoridad y yo sí.

ROS. Eso es indudable.

ROLD. Pues con esa autoridad indudable debo decirla...

ROS. No siga usted. Que hubiera acabado por enamorarme de usted sin saberlo.

ROLD. No, señorita, que se ha enamorado usted ya, y además lo sabe.

ROS. ¡Caballero!, no me haga usted recordar que al venir aquí he cometido una imprudencia.

ROLD. Perdone usted; nunca ha sido imprudencia amar y demostrarlo cuando el amor es de los que pueden ofrecerse a la luz del día.

FERN. (Aparte a Rosario.) Tiene razón, mujer; ¿a qué viene sofocarte, si ya está visto que lo adivina todo?

ROLD. Sí, señorita, sí. Usted se interesó por mí, sin querer, desde el primer momento; yo deploro las circunstancias en que nos hemos encontrado; reniego de mi fama, de mi carácter, de mi vida, del Gobierno civil... de todo lo que me presenta a los ojos de usted como indigno de merecerla, y... estamos en el "¿Qué pasará?„ del articulista de *La Crónica Mercantil*. Ahora vienen las dos líneas de puntos suspensivos...

ESCENA VIII

DICHOS.—CANDELAS.

CAND. (En la segunda izquierda.) ¿Da permiso vuecencia?

ROLD. ¡Cómo! ¿Otra vez?

ROS. Sí, da permiso.

CAND. Si la visita es reservada, volveré más tarde.

ROS. No es reservada, ni podía serlo.

FERN. Por nosotras, puede usted pasar si gusta.

CAND. ¿Y por el señor Gobernador?

ROLD. También.

FERN. Somos nosotras las que nos retiramos.

ROS. Si pasara la procesión y no estuviéramos allí, nos echarían de menos.

CAND. Se lo agradezco mucho, porque mi visita sí es reservada.

ROLD. (Aparte a ellas, acompañándolas hasta la primera izquierda.) Perdonen ustedes que no las acompañe. Es un deber del Gobernador recibir a todo el mundo.

ROS. Y ese es, por lo visto, de los deberes que usted conoce a pesar de ser nuevo...

ROLD. Como no es sólo de autoridad, sino de cortesía...

ROS. (Cambiando de tono rápidamente.) Un favor.

ROLD. ¿Cuál?

ROS. Despida usted a esa mujer, pronto, pronto.

ROLD. ¿La molesta a usted que hable conmigo?

ROS. Sí.

ROLD. Gracias. Descuide usted.

ROS. ¿Vamos, Fernanda? Hasta luego. (Vanse primera izquierda.)

ESCENA IX

CANDELAS.—ROLDÁN.

ROLD. ¿Qué sorpresa es esta?

CAND. ¿Cómo sorpresa? ¿Pero es que no me esperabas?

ROLD. No.

CAND. Pues hijo, desde que eres Gobernador has perdido mucho. Antes hubieras adivinado que yo tenía que volver.

ROLD. Y, por lo visto, suprimiendo el tratamiento.

CAND. Porque no es visita oficial. ¿No ves que he venido por la escalera reservada?

ROLD. ¿Te ocurre algo?

CAND. Nada, hombre; no te apures. Que antes me despedí para siempre del Gobernador, y ahora vengo a despedirme hasta la vista de Juan Antonio. Hay que hacer la debida separación entre la persona y el cargo.

ROLD. Te agradezco mucho la delicadeza, pero no pretendas engañarme. Algún otro objeto tiene esta segunda visita.

CAND. No te equivocas, tiene otro.

ROLD. ¿Cuál

CAND. El de darte una lección de buena crianza... y de valentía.

ROLD. No te entiendo.

CAND. ¡Cuando digo que has perdido mucho! Antaño huiste de mí, por miedo a que una fuerza misteriosa te retuviera; yo huyo de ti y vengo a decírtelo cara a cara, sin temor a que me retenga nada ni nadie.

ROLD. Acertaste cuando me dijiste que aqui tendríamos los dos nuestra novela. Pero acertaste a medias nada más.

CAND. ¿Por qué?

ROLD. Porque la tienes tú sola.

CAND. ¡Qué más quisieras! La tienes tú también, y

más enrevesada que la mía. Afortunadamente, he llegado a tiempo para simplificarla.

ROLD. Habla claro de una vez, que estoy haciendo falta en otra parte.

CAND. ¿Dónde? ¿Allá dentro? Vamos cuando quieras, y seguiremos hablando. Tengo una invitación firmada por ti, y lo menos que puedes hacer es acompañarme.

ROLD. ¡Candelas! Habla en serio una vez siquiera.

CAND. A eso voy. Digo, que gracias a Dios he llegado a tiempo de impedir que cumplas la orden del papá, pidiendo la mano de la rica heredera.

ROLD. ¿Yo? No digas disparates.

CAND. ¿No quieres que hable seriamente? Pues con toda formalidad te digo que tú no puedes hacer semejante cosa, Juan Antonio. Alegre, pendenciero, disipador y calavera..., bien; vividor aprovechado capaz de fingir hipócritamente para medrar... ¡de ninguna manera! ¡Y esa es la lucha que estás sosteniendo ahora contigo mismo! No me lo niegues.

ROLD. Te lo niego, porque no es verdad.

CAND. ¿Que no? ¿Pues por qué no te has decidido ya a desbancar al novio? ¡Ya ves que la chica no está deseando otra cosa! Y tú no acostumbras a desperdiciar las ocasiones.

ROLD. Pero, vamos a ver; ¿quién te ha dicho a ti que yo necesitaba fingir para... bueno, para eso que tú te figuras? ¿Y si yo te dijera que me estoy sintiendo capaz de hacer feliz a una mujer con un amor verdadero, tranquilo y firme?

CAND. Hasta que yo pasara por delante.

ROLD. ¿Qué quieres decir?

CAND. Que esa mujer que te sujete y te dome no puede ser más que una. Yo.

ROLD. ¡Eres encantadora!

CAND. Por lo menos te lo parezco, aunque lo disimules. Para ese amor con que sueñas es demasiado tarde... o demasiado pronto, marquesito de San Casiano. No tienes el alma en su punto.

ROLD. ¡Me asombra lo que sabes!

CAND. No lo digas en broma. ¿Crees que no te conozco? El amor que tú necesitas es el mío; violento, fuerte, áspero, con celos, con dudas, con alternativas de alegría y de rabia... Perseguirme siempre sin alcanzarme nunca; creer hoy que te adoro y mañana que te engaño; cenar con la Bibelot para darme un disgusto; pegar a un infeliz porque crees que le miro con simpatía, y echarme un ramo de flores delante de la muchacha que te destinan, para darme una prueba de cariño loco... ¡Eso es lo que tú quieres!

ROLD. ¡Todo eso has visto!

CAND. Pero, hijo, ¿en qué mundo vives? ¿Crees que soy yo una señorita provinciana?

ROLD. Lo que creo es que eres el ideal de un hombre, porque en ti hay muchas mujeres juntas, y todas adorables.

CAND. Déjate de piropos. ¿Es o no es verdad lo que te digo?

ROLD. ¿Para qué vamos a entretenernos en juegos de niños? ¡Sí! Todo es verdad.

CAND. ¡Gracias a Dios! Si hubieras hablado con esa franqueza la primera vez, cuando pusiste tierra por medio por temor a enamorarte de verdad, excusabas haber aceptado el papel de Gobernador, que no está en tus condiciones.

ROLD. Y no nos hubiéramos encontrado aquí.

CAND. Pero nos hubiéramos encontrado en otra parte. Estaba escrito, Juan Antonio.

ROLD. Como está escrito, sin duda, que tú me leas el pensamiento y yo no sepa jamás a qué atenerme.

CAND. Parece mentira. ¡Con tu experiencia!

ROLD. Que no me sirve para nada en este caso. El interés con que me has seguido, la atención que has puesto en todas las menudencias, el estudio que has hecho de mis actos, todo parece demostrar que me quieres con toda tu alma, y sin embargo...

CAND. Sin embargo, ¿qué?

ROLD. Dudo, sin poderlo remediar.

CAND. Y haces bien, pero yo te sacaré de la duda.

ROLD. ¿Cuándo?

CAND. Ya te lo dije. Cuando yo también esté segura del todo.

ROLD. ¿Qué hay que hacer para conseguirlo?

CAND. Allá tú. Yo voy a Barcelona. Y como no he venido más que a despedirme... ¡ha terminado la audiencia! Con permiso de vuecencia, señor Gobernador, tengo que preparar el equipaje.

ROLD. Pero escucha, atiende.

CAND. No tengo más que decir. Voy... a Barcelona. (Saluda ceremoniosamente y vase corriendo por la segunda izquierda. Simultáneamente sale Alfonso por la primera del mismo lado.)

ESCENA X

ROLDÁN. — ALFONSO. — En seguida, VICENTA.—DON MANUEL.—DON ELOY.—ROSARIO.—FERNANDA.

ALF. Juan Antonio, la procesión acaba de pasar.

ROLD. Hombre, me alegro; ya era hora. (Se dirige a la mesa de despacho y escribe rápidamente en una cuartilla.)

ALF. Y tú no has parecido por la sala todavía.

ROLD. (Sin dejar de escribir.) No te apures por eso. Mira, has llegado oportunamente. Vas a hacerme un favor en seguida.

ALF. Los invitados no saben lo que hacer ni qué pensar. No los recibió nadie y nadie se presenta a despedirlos.

ROLD. Tienes razón. Yo iré al momento. Espera.

ALF. Aquí viene la familia Vallina, que, naturalmente, es la más asombrada.

ROLD. Lo creo. (Salen Rosario, Fernanda, Vicenta, don Eloy y don Manuel primera izquierda.)

D. MAN. Pero ¿qué es eso, señor Gobernador? ¿Ha ocurrido algo grave?

ROLD. ¡Oh!, nada; no ha ocurrido nada. (A Alfonso, entregándole la cuartilla en que ha escrito.)

Toma, esto al telégrafo, y que lo transmitan inmediatamente. (Vase Alfonso segunda derecha.) Una porción de visitas, de conferencias...

ROS. (Aparte a Fernanda.) (La última, a pesar de sus promesas, ha sido demasiado larga.)

FERN. (No importa si ha sido la última.)

ROLD. Ya comprenderán ustedes que yo he sentido más que nadie llamar la atención con mi ausencia, que de seguro se ha comentado desfavorablemente.

D. MAN. En efecto; ¡el caso es insólito!

VIC. Y tan insólito. Yo vengo a esta fiesta hace muchos años, y no se ha dado el caso de que el Gobernador no haya presenciado la procesión desde el balcón del centro.

ROLD. Tranquilícese usted; el Gobernador ha estado en su puesto. La tradición no se ha interrumpido.

D. MAN. No entiendo el enigma.

ROLD. Porque el Gobernador sigue siendo, interinamente, el dignísimo Presidente de la Diputación, mi respetable amigo.

D. ELOY. ¿Eh? ¿Cómo?

ROLD. Como que yo no soy Gobernador. Acabo de presentar mi dimisión irrevocable.

ROS. ¿Oyes, Fernanda?

VIC. ¿De veras? ¿Qué dice usted?

D. MAN. Pero ¿qué ha pasado? ¿Con qué motivo?

ROLD. Demasiado saben ustedes que mi situación era insostenible. No sé gobernar; en pocas horas he tenido la rara habilidad de disgustar a todo el mundo y de poner en un compromiso al Gobierno.

D. MAN. Sin embargo, a mí me parece... (Siguen en voz baja.)

VIC. (Aparte a don Eloy.) Eso es que le han destituído por telégrafo. ¿No le parece a usted?

D. ELOY. Naturalmente; como que mi última carta era una bomba.

ROS. (Aparte a Fernanda.) ¿Qué misterio será este?

FERN. Ninguno, mujer; ¿no te dijo que el Gobierno civil era un estorbo? Pues verás cómo esta misma tarde se presenta en tu casa,

como caballero particular, a pedir tu mano.

D. MAN. De todas maneras, creo que esta determinación inexplicable ¡la verdad! sabe Dios a qué causas podrá atribuirse.

D. ELOY. ¿No sería mejor esperar dar al Ministro las razones que usted crea oportunas, y continuar en el puesto hasta que el sucesor viniera?

ROLD. Puede que fuera lo mejor; pero a mí me es imposible probarlo.

D. ELOY. ¿Por qué?

ROLD. Porque no estaré aquí mañana.

ROS. ¿Qué dice?

ROLD. Pienso salir hoy mismo para Barcelona. Es la manera de evitar que el Ministro me obligue...

ROS. ¡Para Barcelona!

ROLD. Sí, señorita. No soy digno de la misión que me habían confiado, y empeñarme en cumplirla sería engañar a los demás y engañarme a mí mismo. Para sentar la cabeza y dar la felicidad a quien la merece es demasiado tarde... o demasiado pronto. El alma del marquesito de San Casiano no está en su punto. Y ahora, señores, con su permiso voy a despedir a los invitados. (Lentamente se despide de los presentes, dando la mano a todos Durante esta operación, Rosario y Fernanda hablan aparte.)

ROS Tenía razón aquella mujer, Fernanda. Era ella la que tenía que vencer.

FERN. ¿Sabes por qué? Porque para dominar a los hombres hay que tener autoridad sobre ellos, y ella es la que tiene la autoridad, porque ha tratado a muchos...

TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.

El grillo, periódico semanal, idem id. íd.

La gente menuda, ídem id. íd.

El baile de máscaras, ídem id. íd.

Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

La señá condesa, juguete cómico en un acto y en verso.

La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.

La moral casera, comedia en dos actos y en verso.

La lavandera, sainete en un acto y en verso.

Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La obra, juguete cómico en un acto y en verso.

El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La revista nueva o la tienda de comestibles, sátira en un acto en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.

La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.

Sociedad secreta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Carlos Arniches, D. Celso Lucio y D. Fernando Manzano, música del maestro Brull.

La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.

Los pájaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.

El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.

El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.

El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.

La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.

El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto, en prosa y verso, música del maestro Marqués.

La reina de la fiesta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Torregrosa.

Los inocentes, revista en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Estellés.

La madre abadesa. boceto lírico en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Brull y Torregrosa.

La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.

Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope.

El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La espuma, comedia en un acto y en prosa.

El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Ligerita de cascos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.

Lucha de clases, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquin Abati, música del maestro Montero.

Mangas verdes, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montesinos.

El siglo XIX, revista lírica en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva y D. Carlos Arniches, música del maestro Montesinos.

Jaque a la reina, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montero.

Don César de Bazán, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Montero.

Tierra por medio, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Chapí.

Quo vadis....?, zarzuela de magia disparatada en un acto, en verso y prosa, música del maestro Chapí.

Las caramellas, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Morera.

¡Plus ultra! (segunda parte de la zarzuela de magia disparatada *Quo vadis...?)* en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La leyenda dorada, revista fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Su Alteza Imperial, zarzuela en tres actos, en verso y prosa, música de los maestros Vives y Morera.

El rey mago, cuento para niños, en un acto y en prosa, música del maestro Chapí

La obra de la temporada, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Valverde, hijo.

El placer de los dioses, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Pérez Soriano.

El paraiso de los niños, zarzuela fantástica infantil, en un acto, prosa y verso, en colaboración con D. Carlos Arniches, música del maestro Valverde, hijo.

La tribu malaya, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Vives.

La Infanta de los bucles de oro, cuento infantil, en cuatro cuadros y en verso, música del maestro Serrano.

Los bárbaros del Norte, zarzuela fantástica en ocho cuadros, en verso y prosa. música de los maestros Chapi y Valverde

Mari-Gloria, boceto de comedia lírica, en un acto y en prosa, música de los maestros Valverde.

El carro de la muerte, zarzuela fantástica extravagante en un acto, dividido en tres cuadros. en prosa, música del maestro Barrera.

La balsa de aceite, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

El talisman prodigioso, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en cinco cuadros, en verso, música del maestro Vives.

La ilustre fregona, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, en prosa, música del maestro Calleja.

Las calderas de Pedro Botero, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, música del maestro Chapí.

La moral en peligro, zarzuela en un acto, dividido en dos cuadros, en prosa, música del maestro Lleó.

El diablo con faldas, comedia con música en un acto y en prosa, música del maestro Ruperto Chapí.

Cabecita de pájaro, cuento infantil en un acto, dividido en siete cuadros, en prosa.

El bebé de París, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

Faldas por medio, sainete trágico en un acto y en prosa.

La perla del harem, cuento de damas, con adornos musicales del maestro Calleja.

Mano de santo, zarzuela en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa, música de Rafael Calleja.

Sansón y Dalila, comedia en dos actos y en prosa.

Gloria in excelsis, revista fantástica en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de Amadeo Vives.

El palacio de los duendes, zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de Vives y Serrano.

Las dos reinas, zarzuela en un acto, dividido en siete cuadros, música de Rafael Calleja y Tomás Barrera.

Barbarroja, zarzuela en un acto, música del maestro Serrano.

Nuestro compañero en la prensa, comedia en dos actos y en prosa

La revolución desde abajo, comedia en dos actos y en prosa.

La tabla de salvación, zarzuela en un acto, dividido en cinco cuadros, música del maestro Lleó.

El libro del destino, zarzuela en un acto, música del maestro Lleó.

La autoridad competente, comedia en tres actos y en prosa.